

# Ce larg

UN CENTRO DE ESTUDIOS PARA LATINOAMÉRICA

Y EL CARIBE

Mirla Alcibíades

Ce  
larg

UN CENTRO DE ESTUDIOS PARA LATINOAMÉRICA  
Y EL CARIBE

CARACAS - VENEZUELA

Ce  
larg

UN CENTRO DE ESTUDIOS PARA LATINOAMÉRICA  
Y EL CARIBE

Mirla Alcibíades

EDICIÓN

María Riera

CORRECCIÓN DE TEXTOS

Belkis Ramos y Ricardo Gondelles

DISEÑO GRÁFICO Y DIAGRAMACIÓN

David Morey

©Mirla Alcibíades, 2015

©Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 2015

Hecho el depósito de ley

Depósito legal lf163201510019

ISBN 978-980-399-066-4

Casa de Rómulo Gallegos

Av. Luis Roche, cruce con Tercera Transversal,

Altamira, Caracas 1062/ Venezuela

Teléfonos: (0212) 285-2990 / 285-2644

Fax: (0212) 286-9940

Página web: <http://www.celarg.gob.ve>

Correo electrónico: [publicaciones@celarg.gob.ve](mailto:publicaciones@celarg.gob.ve)

[publicacionescelarg@gmail.com](mailto:publicacionescelarg@gmail.com)

Editado en la República Bolivariana de Venezuela

*Agradecimiento,*

*por ayudarme a ordenar los hechos*

*que hicieron posible la instalación del*

*Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, a*

*Sonia Gallegos*

*Gladys García Riera*

*Romelia Meneses*

*Guillermo Morón*

*Antonio Padrón Toro*

*Mélida Quijada*

*Rafael Ángel Rivas*



## Presentación

En 2014 fui invitada por la directiva del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg) a dictar la Cátedra que lleva nombre homónimo. Se trata de una plataforma académica concebida como homenaje a la fecha de instalación de este recinto académico, razón por la cual se imparte con periodicidad anual. Por eso mi concurrencia debía producirse el 30 de julio, en recuerdo de data similar pero indicada por 1974. Ciertamente, se había consignado en día y año como aquellos la firma de la resolución que dio existencia institucional a esta Casa.

Me pidieron abordar las condiciones que hicieron posible la fundación del Centro así como la trascendencia que tuvo para Venezuela su puesta en marcha. En lo personal, estaba bajo el convencimiento de que muchos de esos antecedentes se conocían de manera fragmentaria y, a ratos, imprecisa. Visto de esa forma, había que actualizarlos para la memoria presente.

Muy pronto me di a la tarea de reunir la información necesaria y, en la medida que avanzaba en las pesquisas, puse en duda la noticia que había manejado desde mis comienzos como investigadora –un comienzo (1978) que está vinculado con mi ingreso como becaria del

Celarg en el departamento correspondiente. En ese tiempo había oído y, mecánicamente, dado por cierto, que la idea del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos había sido iniciativa del doctor Domingo Miliani, primer director que tuvo.

Sin embargo, mientras preparaba la conferencia para la Cátedra Rómulo Gallegos, las noticias que proporcionaban los diarios y demás publicaciones periódicas de la década de 1970, me llevaron a suponer que, si había un comienzo puntual, ese inicio se debía fijar en la visita que el Presidente de México, Luis Echeverría Álvarez, realizó a nuestro país en julio de 1974. En tanto avanzaba en las indagaciones que menciono, se me dio por preguntar si la relación que tenía establecida entre el Celarg y Miliani era sostenible, por cuanto todo llevaba a pensar que el Centro nació porque fue una propuesta que trajo la delegación mexicana que estuvo en Venezuela el mes y año que puntualizo.

Mientras trataba de aclarar esa duda me acosó otra incertidumbre. Este nuevo asunto a aclarar tenía que ver con otra noticia que escuché (o leí) alguna vez. De acuerdo con esa información, la existencia de este Centro de Estudios estaba fuertemente impregnada de la inventiva académica del mexicano Leopoldo Zea. Pero, para mi pesar, los registros periodísticos de ese tiempo no establecían el diálogo entre el estudioso del positivismo en América Latina (entre otros campos que abordó) y la Casa venezolana. Y, en la medida que avanzaba en mis



búsquedas, pude comprobar que esta correspondencia es, definitivamente, inocultable.

De manera que pude arrojar luces en aspectos asociados al proceso académico, jurídico y administrativo que llevó a establecer el Celarg. Pero, además de esa información, y en cuanto iba llevando aquel cúmulo informativo al papel, se planteó la necesidad de dar lugar a otro campo de reflexión. Ello resultó inevitable por cuanto, en esta versión escrita, he prefigurado un lector con el perfil propio del profesional que postula a los concursos de investigación que convoca el Centro. De tal suerte, tratamos de dar respuesta a algunas preguntas que formulan no pocos egresados universitarios en el campo de las ciencias sociales, que no encuentran justificación (impacto social, lo llaman ahora) a las carreras que han cursado.

Por otro lado, el título usado en la conferencia del 30 de julio de 2014 –que fue: «El Celarg: un proyecto para Latinoamérica»– decidí cambiarlo por el que uso para presentar estas páginas: *El Celarg: un Centro de Estudios para Latinoamérica y el Caribe*. Y es que no me estoy acercando a una idea que busca el ejecútese, estoy tratando de una realización.

CARACAS, NOVIEMBRE DE 2014



## Una visita anunciada

Comienzo por determinar un acontecimiento que menciono en la «Presentación»: el jueves 25 de julio de 1974, el abogado Luis Echeverría Álvarez –Presidente de México– arribó a Venezuela. Intensas sesiones de trabajo mantuvieron entre nosotros al visitante durante cinco días –permanencia inusual, cuando lo habitual en estos casos es un tránsito de tres días. Era demandante la agenda a tratar entre el anfitrión venezolano –el entonces presidente Carlos Andrés Pérez– y el huésped venido de la tierra que ha visto nacer a tantos escritores ilustres. Las declaraciones que concedieron a la prensa ambos mandatarios, así como testimonios posteriores de varios asistentes a esos encuentros, dejan ver que tuvieron el tema referido a la integración continental como razón de interés mutuo.

Fue una visita que se anunció con tiempo a los venezolanos, pues los lectores habituales de la prensa periódica supieron de ella desde el miércoles 3 de julio. Era evidente el particular interés que tenía la delegación mexicana en promocionar la presencia de su Presidente. Visto así, se entiende la significación de la cena que ofreció el embajador, licenciado Jorge

Eduardo Navarrete López, a los representantes de la prensa nacional (*El Universal*, 4 de julio de 1974, Cuerpo 4, p. 18). La estrategia funcionó como esperaban: se sostiene lo señalado al ver la cobertura que concedieron los principales periódicos de Venezuela a la presencia de esta delegación en Venezuela.

No sólo se limitaron al agasajo nocturno que registro, sino a la concurrencia a algunos de los principales diarios. Ciertamente, el licenciado Fausto Zapata –subsecretario general de la Presidencia de México– tuvo cuidado de sostener conversaciones con los directivos de los impresos periódicos más leídos del país. Por ejemplo, en la reunión que sostuvo el licenciado con el director de *El Nacional* –doctor Oscar Palacios Herrera– dio cuenta de la agenda acordada entre las partes, agenda que, además de la integración, concedía amplio interés al «intercambio comercial y tecnológico entre los dos países» (*El Nacional*, 3 de julio de 1974, Cuerpo D, p. 2).

La comitiva mexicana estuvo constituida por más de doscientas personas. Dentro de la representación se contaba la asistencia del canciller y otros ministros, del presidente de la Suprema Corte de Justicia, del presidente del Senado, voceros de dos de los más importantes partidos de oposición, empresarios, sindicalistas (íd.). La agenda acordada contemplaba cuatro entrevistas entre los dos mandatarios.

La gira mexicana se había iniciado en Costa Rica el 10 de julio y comprendía Ecuador, Perú, Argentina, Brasil, Venezuela, Colombia y Jamaica. De Caracas, Echeverría Álvarez seguiría viaje a Bogotá. La fecha de partida estuvo determinada para el lunes 29.

A partir de las noticias periodísticas, podemos conocer en el presente cuáles fueron los motivos que llevaron al máximo representante del Ejecutivo mexicano a emprender el periplo que destacó. Era evidente que la necesidad de establecer vínculos y acuerdos formales estaba en el ambiente. Una serie de exigencias que se habían venido imponiendo con el paso de los años, habían hecho ineludible el diálogo entre latinoamericanos.

Para hacer honor a la verdad, las primeras palabras pronunciadas por Echeverría Álvarez a la audiencia venezolana dejaban ver razones que compulsaban la urgencia de cercanía que asomó en el párrafo precedente. En la primera comparecencia pública –al tocar tierra en el aeropuerto de Maiquetía–, el hijo de la tierra de Nezahualcoyotl (o Netzahualcoyotl) estuvo enfocado a destacar los esfuerzos integracionistas llevados adelante por hombres del pasado. Como testimonio de esto que observo son de utilidad estas fórmulas oratorias pronunciadas por el visitante:

La identificación, señor Presidente, a través de la historia, desemboca ahora en la necesidad de acuerdos, de estudios de un camino que debe ser común

en todo aquello que sea posible, en la comunicación de nuestras experiencias, en un intercambio más fecundo y más nutrido que coadyuve a este proceso de integración en que Venezuela y México debemos dar un claro testimonio, para que así contribuyan a la integración latinoamericana, y los viejos sueños de nuestros libertadores se lleven –como usted lo ha propuesto– a una realidad práctica (*El Nacional*, 26 de julio de 1974, Cuerpo D, p. 2).

Por su lado, desde el primer instante (producto de las premuras del momento) el jefe del Ejecutivo venezolano prefirió exponer razones propias del campo económico y de políticas internacionales que auspiciaban este tipo de encuentros. ¿Cuáles eran los imperativos –nos preguntamos en el presente– que obligaban a los latinoamericanos a establecer lazos de unidad? Son precisas las palabras de Carlos Andrés Pérez al momento de recibir protocolarmente a Echeverría Álvarez en el aeropuerto. En ese entonces expresó:

La América Latina tiene que conformar ya su estilo propio, porque el estilo de la América Latina será la justicia internacional del futuro. Debemos apresurar cuanto podamos ese día, en que un nuevo trato internacional, inducido por nuestra presencia unitaria, venga a sustituir esta injusticia del totalitarismo económico que vienen ejerciendo los grandes países desarrollados, que frenan nuestra aspiración a la justicia internacional, al bienestar de nuestros pueblos (ibíd., Cuerpo D, pp. 1-2).

Ese mismo día, en la reunión que se desarrolló en la Casa Amarilla, sede de la Cancillería, el presidente venezolano hizo énfasis en las ideas que había expresado algunas horas atrás y, más aún, tocó urgencias de diversa índole (económicas, ecológicas, demográficas, educacionales...) que auspiciaban encuentros de alto nivel como el que se estaba produciendo en Caracas:

Vivimos también influidos por impresionantes desequilibrios: la ruptura de la armonía ecológica, la presión demográfica, el fracaso de las instituciones educacionales clásicas, la anarquía poblacional de muchos países, la crisis de energía, los desajustes monetarios y la desigualdad agresiva de un comercio internacional que se alimenta desde el siglo XVI de la filosofía del más fuerte y de la agresiva voluntad de los dominadores. Los países pequeños o en desarrollo, los pueblos pobres o atrasados, las nuevas naciones, y entre ellas la comunidad latinoamericana, reafirmamos nuestra voluntad de oponernos a tales desequilibrios (ibíd., Cuerpo D, p. 8).

En esa misma intervención, el presidente Pérez insistía: «Aspiramos a vivir y a intervenir en el mundo planetario como comunidad total de pueblos latinoamericanos, fundada en la solidaridad jurídica y económica cimentadas por amistad leal, sin reservas, cuidadosa del interés real de cada país» (íd.). Y tomaba como base de esos argumentos «la renuncia

al totalitarismo económico que ejercen los centros de poder financiero, económico y tecnológico como las empresas multinacionales» (íd.).

No quiero decir que hubiera desinterés en el visitante mexicano por razonar en la misma línea argumentativa que hemos visto en su colega venezolano. Al contrario, podemos suponer que reflexiones del mismo tenor fluyeron en el intercambio de ideas que sostuvo con su par de Venezuela en reuniones cerradas. Sí es un hecho comprobable que, en el encuentro de Casa Amarilla, emitió unas palabras que iban a tono con las emitidas por su anfitrión. Decía Echeverría:

El racional aprovechamiento de nuestros recursos naturales, la vinculación comercial, la coordinación de nuestras políticas en relación al capital extranjero y la tecnología, el mutuo apoyo de nuestras reservas alimenticias, el impulso a conversaciones, el intercambio científico y tecnológico y la creación de instituciones financieras que respondan a los intereses auténticos de Latinoamérica, son objetivos que difícilmente podrán cumplirse sin un instrumento gobernado por nuestros países, desde el que se contemplen, permanentemente y en forma global, los problemas sustanciales del área (íd.).

Sería injusto negarle vehemencia y densidad política al discurso del presidente-abogado, sobre todo al tomar en cuenta otras oportunidades que tuvo para expresar las ideas que cargaba en su maletín



de latinoamericanista. Por ejemplo, al referirse a la ambición hegemónica de algunas naciones, el diario *El Universal* recogía estas manifestaciones de Echeverría: «... ningún país, o grupo de países, por poderosos que sean, pueden arrogarse la conducción exclusiva de los asuntos mundiales, ni menos aún, la tutela de las demás naciones» (26 de julio de 1974, Cuerpo 1, p. 10). Otro momento significativo en esta línea de pensamiento se presentó en su intervención ante el Congreso venezolano. Desde esa plataforma hizo exposición de razonamientos en materia de política internacional. Al aludir a los Estados Unidos era enfático: «... nuestros países se niegan a admitir una visión metropolitana de la convivencia y de la organización continental» (*El Universal*, 27 de julio de 1974, Cuerpo 1, p. 10) e iba más al fondo al exponer: «Es necesario reiterarlo una vez más: la ausencia de Cuba, hace imposible una cabal unión interamericana» (íd.).

Varios años más tarde, y al referirse a este viaje del mandatario de su país, la catedrática perteneciente a la Universidad Nacional Autónoma de México, profesora María Elena Rodríguez Ozán, recuerda lo que sigue:

México, por diferentes circunstancias históricas y geográficas, entre las cuales la más importante es su vecindad con Estados Unidos, había estado muy alejado de esa otra parte de América Latina que es la América del Sur. De hecho estos contactos se

establecerían sólo a comienzos de la década del sesenta, en el siglo XX (...).

El viaje de Echeverría intentaba dar continuidad a estos acercamientos. Los acuerdos en Venezuela fueron especialmente políticos y culturales (2005, p. 195).

A pesar de las últimas líneas que hemos leído, tal parece que, en un principio, entre los objetivos de la comitiva mexicana no estuvo contemplado el abordaje del campo cultural. En todo caso, Echeverría no hace mención a estos objetivos de su visita en los diferentes momentos en los que tuvo frente a sí a las varias audiencias que le escuchaban con atención detenida. Tampoco la noticia periodística del 3 de julio que he citado párrafos atrás, es decir, la que anunciaba la llegada del presidente mexicano para el 25 de ese mes, se detiene en este punto. Como recordamos, en aquella ocasión el subsecretario general de la Presidencia de México sólo mencionó el interés por avivar «el intercambio comercial y tecnológico entre los dos países».

No obstante este silencio, lo cierto es que la agenda cultural existía y, por añadidura, era nutrida. Pues, durante esos días, se apreciaron cinco iniciativas estimuladas por el gobierno azteca. Dos de ellas son visibles hasta el día de hoy: la primera llevó a develar la estatua de don Benito Juárez que todavía se observa en la Avenida México, de Caracas; la segunda consistió en la instalación en Venezuela de

una agencia de la editorial Fondo de Cultura Económica. Finalmente, el presidente Echeverría inauguró en el Museo de Ciencias una Exposición de Arte Popular Mexicano, en la Casa de Bello una muestra de libros de su país y, por último, colocó una ofrenda floral en el monumento a Morelos.

A partir de estos hechos que tomo en cuenta, puede inferirse que la materia cultural no trascendía la práctica que, con el tiempo, se ha hecho habitual: inaugurar una estatua o una exposición y nada más. Queda visto que no se consideraron (ni se consideran en el presente) proyectos trascendentes en este campo<sup>1</sup>. Aunque, también cabe decir, los voceros y figuras destacadas de nuestros territorios culturales no han hecho hábito la formulación de proyectos de mayor alcance que conducirían a logros fructíferos en el corto y largo plazo.

---

<sup>1</sup> Por tal razón, cuando recibí el Premio Internacional de Ensayo Mariano Picón Salas, en 2002, me manifesté sobre el particular (con menos palabras de las que habría querido pronunciar frente a aquella audiencia). Decía en aquel entonces: «Cuando comencé a realizar la investigación que inicié en 1995, mi idea era abordar un estudio sobre el tema familiar en América Latina a finales del siglo XIX. El primer problema me asaltó de inmediato: no hay en nuestro continente una biblioteca latinoamericana. Para estudiarnos a nosotros mismos tenemos que ir a Berlín, a Tejas o a Washington. Me pregunto cuándo se comenzará a incluir en los acuerdos regionales de este continente la formación de una biblioteca que acopie la producción escrita y gráfica de estas tierras. De no hacerlo, seguiremos limitados a conocernos de manera fragmentaria».

Sin embargo, no todo estaba perdido en este viaje del presidente Echeverría Álvarez en lo que a propósitos académicos se refiere. Contra la costumbre que se impondría en el tiempo, esta vez sí había un proyecto trascendente pero, tal parece, no era conocido de muchos (ni siquiera, me inclino a sospechar, del mismo mandatario mexicano).

Hemos visto que, en su visita a Venezuela, acompañó al presidente Echeverría una nutrida delegación. Venían políticos, sindicalistas, miembros del gabinete y, cabía sospechar, uno que otro representante de la vida cultural y universitaria. De hecho, en la noticia que adelantaba a la prensa venezolana, el subsecretario general de la Presidencia de México se limitó a anunciar que en la comitiva estaría «muy posiblemente el Rector de la Universidad Nacional», pero no daba certeza alguna.

En realidad, no me ocupé de averiguar si el ciudadano rector estuvo o no en nuestro país. Por contraste, sí me interesa recordar en este momento que, como parte de la comitiva, estaba el doctor Leopoldo Zea (1912-2004). Aunque casi no se le mencionó en las reseñas periodísticas del momento, es cierto que si había una personalidad que sumaba méritos para integrar esa delegación, ésa era la suya. Este catedrático traía una impecable trayectoria académica como respaldo. Era, para ese momento, profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) donde, además de su desempeño docente, atendía con la eficiencia que le era característica las funciones

como director del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras. También eran trascendentes sus vínculos con el Colegio de México y con el Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Mantenía contactos con colegas de otros países (de Europa, Estados Unidos y, desde luego, Latinoamérica). Mantenía vara alta con instituciones internacionales —entre ellas la Unesco<sup>2</sup>—, presidía la Comisión de Historia de las Ideas en América y era vicepresidente de la Sociedad Iberoamericana de Filosofía.

Para sumar excelencia a ese impecable perfil de intelectual, tenía a su cargo la dirección de prestigiosas publicaciones académicas, entre ellas *Latinoamérica. Anuario Estudios Latinoamericanos y Cuadernos Americanos*, ambas publicadas en su país. No menos elogiado era el acumulado de títulos que venía produciendo en forma de volúmenes, en los cuales destacaba una constante de su pensamiento: la integración latinoamericana.

No obstante tan inobjetable ruta profesional, no contó con el debido centimetraje de prensa que merecía. Sólo se le mencionó en una oportunidad, precisamente el día que Echeverría Álvarez inauguró en la Casa de Bello la exposición del libro mexicano. Fueron dos mil títulos que, después de la muestra, la comitiva visitante donó a nuestro país. Se debe al testimonio de

---

<sup>2</sup> Para mayor precisión: con la oficina regional de Unesco para América Latina y el Caribe.

Rafael Pineda, en su colaboración del domingo: «Seis horas de plática con el presidente Echeverría» (*El Universal*, 4 de agosto de 1974, Cuerpo 1, p. 19), la recuperación de este pasaje que nos interesa en la actualidad. En determinado momento, el mandatario mexicano –huésped y anfitrión de la muestra– charlaba con Lucila Velásquez –presidenta del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes (Inciba)– sobre la significación de los volúmenes expuestos y: «De un estante tomó sendos libros y se los hizo autografiar por los autores Leopoldo Zea y Eugenio Guerrero, quienes se encontraban en su comitiva».

Es decir, Zea estaba allí. Atendía sus funciones como integrante de la delegación al lado del máximo representante del Ejecutivo de su país. Sin duda, el maestro traía un proyecto que guardaba con mucho celo, a la espera del momento oportuno para exponerlo a quien (o quienes) correspondiera. Así lo han dejado ver opiniones emanadas de distintas fuentes a lo largo de los años. Ahora tenemos la certeza de que ese proyecto consistía en la creación de un centro de estudios latinoamericanos. Tal proyecto no formaba parte de la agenda presidencial, como dejé manifiesto; rondaba la cabeza de un solo hombre, y a ese hombre ya lo hemos visualizado en su perfil profesional.

Era la voz que tomó para sí este empeño cultural y que proyectó el valor internacional de tan demandante empresa. No podía ser otra la persona que

hacía suyo tan tenaz predicamento, pues tenía la idea madurada desde tiempo atrás por cuanto, como quedó dicho, dirigía el Centro de Estudios Latinoamericanos de la UNAM. Adicionaba a sus caudales académicos el sostenimiento de la cátedra donde se formaron intelectuales del continente bajo el mismo predicamento y unidad de propósito.

En actualización de aquella faena de persuasión que se impuso Zea, señala la profesora Rodríguez Ozán que para él «era muy importante que esta institución se concretara y aprovechó todas las oportunidades que tuvo para insistir ante el presidente venezolano sobre la importancia del Celarg como legado histórico de Venezuela» (2005, p. 196). El confiable testimonio de la colega Rodríguez Ozán es aporte imprescindible, por cuanto fue la esposa del doctor Zea. En otro momento del texto de su autoría que he citado en varios pasajes –y del cual me valdré en posteriores ocasiones– recuperará otra memoria: «Recuerdo que tiempo después el mismo presidente le dijo: esté contento doctor Zea, ya tenemos el Rómulo Gallegos» (íd.).

Algunos años más tarde, uno de sus discípulos venezolanos, Domingo Miliani<sup>3</sup>, testimoniará que

---

<sup>3</sup> Refería Miliani que él no fue alumno regular del maestro Zea, sino que asistía como oyente a sus clases. Pero esta condición (que pudiéramos calificar de “informal”) no desdibujó el nivel de exigencia y máximo rigor que se impuso el estudiante venezolano en su asistencia a aquellas sesiones de estudio con



Zea estuvo convencido desde que fundó en la UNAM el Centro de Estudios Latinoamericanos, en 1966<sup>4</sup>, de «la urgencia de constituir núcleos similares a lo largo de toda América Latina» (1977, p. 99). En la misma línea, acota este venezolano que Zea «propuso, animó, convenció para que fuera creado en nuestro país el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos» (íd.). Otro de los alumnos venezolanos del director de *Cuadernos Americanos*, Elías Pino Iturrieta, consignará que su maestro «movió todos los resortes para lograr la fundación del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos» (1977, p. 76).

En honor a la verdad, el campo cultural venezolano venía manifestando urgencia de consolidar vínculos institucionales de diverso orden entre los pueblos de Latinoamérica. Como un componente significativo de esa búsqueda de fortalecimiento de tales vínculos, un paso necesario tenía que ver con la difusión de las ideas integracionistas. En ese predicamento, el nombre de Leopoldo Zea es imprescindible para nosotros.

---

el profesor mexicano. A tal respecto recordó: «Mi condición de oyente no excluía, sin embargo, el que hubiera de cumplir con idénticas obligaciones a las asignadas para los cursantes regulares». Y es que Miliani no estudiaba Filosofía. Su título de doctor en la UNAM lo obtuvo en Literatura Hispanoamericana, el año 1966 (véase Rivas 1993).

<sup>4</sup> La fecha ha sido proporcionada por varias fuentes. En esta oportunidad la tomo de Miliani 1975, p. 269 y 1977, p. 99.

Recuerda Miliani que, por invitación de la Universidad Central de Venezuela, el mexicano «dictó un curso relativo a Latinoamérica y el mundo, por diciembre de 1959» (ob. cit., p. 98). Al año siguiente, en 1960, la Universidad de Carabobo publica *Dos ensayos de Leopoldo Zea*; parte de ese libro fue titulado por el autor «Problema cultural de América Latina»<sup>5</sup>. Es decir, las ideas del estudioso del positivismo mexicano y latinoamericano comenzaban a ser difundidas en nuestro país; eso sí, siempre dentro de las aulas universitarias.

Pero no se limitaron los venezolanos a esas iniciativas académicas que recojo, también se comenzaba a pensar en instituciones. Como abanderado de esa exigencia, estuvo un plan de proyección continental que, por razones de diversa índole, no se concretó. Una síntesis de aquella avanzada la proporciona una breve historia del Celarg publicada por iniciativa institucional en 1976:

El Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos” podría definirse como una aspiración largamente madurada. Sus antecedentes se remontan a 1965, cuando se efectuaron las primeras gestiones encaminadas a su fundación. El proyecto fue presentado originalmente al entonces recién creado Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, a través del

---

<sup>5</sup> Sobre la aparición de ese volumen, véase el «Prefacio» de Zea a su volumen de 1976.

Profesor [sic] Pedro Díaz Seijas, quien entonces era uno de los dos Vice-Presidentes<sup>6</sup> (Celarg, p. 5).

Debo reconocer que desconozco las líneas centrales de aquella avanzada de 1965. Pero a partir de una serie de eventos que se produjeron en esos años, es posible en el presente inferir los contenidos fundamentales de la iniciativa de mediados de la década de los sesenta en el pasado siglo XX.

En primer lugar debo recordar que por Decreto Ejecutivo N° 83 se decidió que, en ocasión del octogésimo cumpleaños del autor de *Doña Bárbara*, a conmemorarse el 2 de agosto de 1964, se establecería un premio internacional de novela<sup>7</sup>. Para dar cumplimiento a aquella decisión, el Inciba hace pública la convocatoria al concurso para el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos en 1965. El primer veredicto se daría (como, en efecto, ocurrió) en 1967. En aquel entonces, tanto como en el presente, el premio estaba concebido para escritores de habla hispana, vale decir, de Hispanoamérica, España y Filipinas<sup>8</sup>.

---

<sup>6</sup> En 1965, la junta superior del Inciba estaba integrada por José Luis Salcedo Bastardo (presidente); Alejandro Otero (vicepresidente); Pedro Díaz Seijas (vicepresidente); Juan Mendoza Pimentel (coordinador general).

<sup>7</sup> Rómulo Ángel del Monte Carmelo Gallegos Freire nació en Caracas el 2 de agosto de 1884.

<sup>8</sup> La retribución en metálico montaba a 100.000 bolívares (22.223 dólares estadounidenses aquel entonces), medalla de oro y diploma.

En segundo lugar, corría 1966 cuando Díaz Seijas, como vicepresidente del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana (IILI) –recordemos que también lo era del Inciba– presidió la organización en Caracas del XIII Congreso Iberoamericano de Literatura. Este instituto había nacido en México el 22 de agosto de 1938 como Asociación Internacional de Profesores de Literatura Iberoamericana<sup>9</sup>. El calificativo “iberoamericana” se asoció en un primer momento al sentimiento de unidad hispánica que había surgido a raíz de la Guerra Civil Española (este es el argumento que se ha puesto en circulación con mayor insistencia). Pero se debe considerar otra razón que permite dar cuenta de la pervivencia del adjetivo en el enunciado definidor: la coincidencia de catedráticos (de la América hispana, de Estados Unidos y de España) que cultivaban como sentido orientador de sus estudios la pretendida unidad entre las dos realidades culturales: España y sus antiguas colonias de América. Eran los tiempos en los que parecía difícil pensar la América hispana con prescindencia de la antigua metrópoli (aunque algunos, lamento decir, todavía persisten actualmente en mantener activa esta noción).

---

<sup>9</sup> Posteriormente cambió al nombre que conserva hasta el presente: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. La sede mexicana de sus orígenes se trasladó en 1956 a Iowa City (Iowa, por poco tiempo) y, después, a Pittsburgh (Pensilvania, hasta el presente).

Un tercer suceso merece consideración en este breve recuento. Entre las decisiones adelantadas en ocasión del cuatricentenario de la fundación de la capital venezolana en 1967, estuvo la convocatoria a un “Concurso Latinoamericano del Cuatricentenario de Caracas”. Se propusieron cuatro temas centrales, los que fueron: «I. Venezuela y la integración económica de la América Latina»; «II. El petróleo en la América Latina»; «III. La estabilidad y el desarrollo económico en la América Latina»; y «IV. Problemas económicos actuales de América Latina»<sup>10</sup>.

Un cuarto factor creo importante tomar en cuenta: la fundación en 1968 de Monte Ávila Editores. Como es conocido, surgió por iniciativa de Simón Alberto Consalvi y contó con el apoyo de don Benito Milla, quien aceptó las funciones de director-gerente. Es decir, fue una de las personas que imprimió el particular sello orientador a la nueva institución cultural del Estado venezolano. Es valiosa por demás la entrevista que hiciera el periodista Francisco Salazar Martínez al editor uruguayo asentado en nuestro país. La conversación se produjo ese mismo año de

---

<sup>10</sup> La convocatoria se leyó en varios medios de comunicación nacionales (periódicos y revistas). Para esta oportunidad me apoyo en las páginas de la *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), N° 173 (enero-febrero, 1966, p. 226). Como dato complementario, quiero agregar que el trabajo ganador de cada uno de los temas recibiría 22.500 bolívares (que equivalían entonces a 5.000 dólares estadounidenses). Es decir, se premiarían cuatro obras.

1968 y, en determinado momento, el entrevistado ofrecía decididas declaraciones, algunas de las cuales quiero destacar aquí: «Cada uno de nuestros países debe desarrollar al máximo su capacidad de promoción de los valores culturales propios, y entre todos debemos hacer de América Latina el ámbito normal de su difusión» (Milla, citado por Salazar Martínez 1968, p. 92). Más adelante señalaba: «Creo en un latinoamericanismo efectivo y actuante, y creo que debemos intercambiar conocimientos y esfuerzos para que la aventura del libro en América Latina contribuya eficazmente al proceso de liberación espiritual y mental y al desarrollo económico y técnico de los países del continente» (í.d.). Pero no se trataba de privilegiar a los autores nacionales, se buscaba un equilibrio, observaba el director-gerente, entre «una perspectiva nacional, continental y universal, que es la única manera, creo yo, de acercarse a los problemas de la cultura» (í.d.).

La entrevista al prestigiado editor se leyó en la *Revista Nacional de Cultura*, en el número señalado previamente. No podía haberse elegido un órgano divulgativo más adecuado para hacer pública aquella conversación. Es conocido que esta publicación periódica, fundada y dirigida en 1938 por Mariano Picón Salas, mantenía en esos años la orientación inicial que quiso darle su fundador. El director que estaba a cargo el año de la citada conversación escrita era Simón Alberto Consalvi. Este último había logrado en esta

publicación periódica lo que Milla se proponía en la nueva editorial: el deseado equilibrio entre producciones nacionales, continentales y universales.

He querido hacer este rápido recuento previo para llamar la atención sobre el hecho que quiero destacar como digno de observación. Me refiero a las líneas que marcaban las orientaciones (o, si gusta más el término, preferencias) del hecho cultural tanto en Venezuela como en el contexto internacional. Una de ellas concede privilegio a la orientación iberoamericana del campo cultural; es lo que observamos en la convocatoria al Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos<sup>11</sup> o en el Instituto Internacional de Literatura Latinoamericana<sup>12</sup>, institución nacida en México (insisto) y, desde 1956, radicada en Estados Unidos.

---

<sup>11</sup> Hecho que no cuestiono porque se trataba (y se trata) de la consolidación del mercado y la circulación del producto literario en lengua castellana.

<sup>12</sup> Me dirán que la revista concede privilegio a la literatura latinoamericana, razón por la cual anula el enfoque iberoamericano. A ello puedo exponer varios argumentos pero, en aras de la brevedad, elijo uno. La pervivencia del adjetivo responde a la orientación estadounidense impuesta a los estudios literarios de nuestro continente sobre la base de la departamentalización (en las áreas hispana, portuguesa, francesa, etc.). De esa manera se fragmenta nuestra unidad al imponerse el criterio lingüístico sobre el histórico-cultural. De esa manera, no se aporta conocimiento integrador, pues lo que se impone es la dispersión (la desarticulación).

Viene a cuento la consideración del IILI porque Díaz Seijas, como quedó visto, era vicepresidente de la institución para la fecha<sup>13</sup>; es decir, cumplió esas funciones en el bienio 1965-1967. Es probable que su acercamiento a esta institución le haya servido de estímulo para el estudio de algunos autores del continente. Bien visto, sus títulos bibliográficos hasta esos años se habían centrado en la literatura venezolana. Si me situó en el plano de las especulaciones, es probable que el proyecto que presentó en 1965 y que ha sido tomado como antecedente del Celarg, no haya madurado una propuesta que, sobre todo, proporcionara logros sustantivos. Sostengo lo dicho porque su acercamiento a los valores literarios continentales se hacían desde la óptica iberoamericanista<sup>14</sup> que, para ese tiempo, estaba en trance de ser desplazada por la perspectiva, más legítima, desde luego, y por obvias razones históricas, del latinoamericanismo.

Por contraste, el mexicano Leopoldo Zea tenía a su favor otra dimensión de este asunto. Sabía que

---

<sup>13</sup> Junto con los mexicanos Francisco Monterde y Alonso Rangel Guerra.

<sup>14</sup> El libro de Díaz Seijas es *Deslindes. Ensayos sobre literatura hispanoamericana y venezolana*. No es un libro orgánico pues se limita a privilegiar algunas figuras del escenario literario desde la óptica que siempre interesó a este profesor del Instituto Pedagógico de Caracas: el abordaje de «la nueva narrativa del mundo *iberoamericano* de nuestro tiempo» (1972, p. 9, énfasis mío).



debía hacerse y, fundamentalmente, cómo llevar adelante la institución en la que estaba pensando. A final de cuentas, como sabemos, dirigía el Centro de Estudios Latinoamericanos de la UNAM desde 1966. ¿Qué argumentos utilizó para persuadir al presidente Carlos Andrés Pérez? No podemos saberlo, pero lo imaginamos: las mismas razones persuasivas con las que convencía a sus estudiantes en las aulas mexicanas y en las diversas universidades a las que acudía como profesor invitado.

Hay que decir lo que no puede ocultarse: en esa tarea inductiva que se propuso adelantar con el mandatario venezolano, tenía ante sí un interlocutor atento y, sobre todo, dispuesto a escuchar razones. En realidad, no era la cabeza del Ejecutivo venezolano un novicio en el planteamiento integracionista. Hemos leído las palabras que pronunció en presencia del presidente mexicano y de sus acompañantes oficiales. Pero, probablemente, no había tenido ocasión de hermanar la tesis latinoamericanista con el campo cultural y, en este caso, con la investigación en búsqueda de producir conocimientos sobre nuestra realidad continental. Esta fue la conexión –y no abrigo dudas al respecto– que supo proporcionarle Leopoldo Zea.



## Algunas precisiones

Es así como todos los testigos sostienen el mismo hecho: fue iniciativa de Leopoldo Zea que Venezuela contara con un centro de estudios similar al que dirigía en la UNAM. También he señalado un dato que proporciona Domingo Miliani en sus memorias; ese dato apunta al convencimiento del filósofo mexicano en lo referido a la instalación de, cuando menos, un centro de estas características en cada escenario nacional de Latinoamérica.

De manera que no hay lugar para la idea de un Celarg surgido por iniciativa de Miliani, como muchos dábamos por cierto a final de los años setenta. También queda superada la creencia alimentada por la lectura de diarios y revistas del momento, que me llevó a suponer la concepción de este Centro como resultado de las conversaciones mantenidas entre ambos presidentes o, en su defecto, planteada por el visitante mexicano.

Esta última opción saltaba como derivación natural de los hechos, por cuanto comenzó a hablarse de un centro de estudios latinoamericanos en Venezuela inmediatamente después de la visita del mandatario azteca. La idea de la relación Celarg-Presidente

mexicano se hacía más evidente al tomar en cuenta que el huésped venido de México tomó el avión para proseguir viaje el día lunes 29 de julio de 1974 –como quedó visto– y, al día siguiente, el martes 30 de ese mismo mes y año, se hizo pública la resolución que dio vida al Celarg.

Pero así como se pudo identificar al autor intelectual que propuso la creación de un Centro de Estudios Latinoamericanos en Venezuela, no terminaban ahí mis confusiones de un primer momento. Todavía no quedaba suficientemente aclarado lo relativo al funcionariado público que abrió cauce administrativo al Celarg.

Este dato que menciono debe ser observado porque, como es noticia de dominio común, el Celarg adquiere presencia pública el 30 de julio de 1974, cuando la presidencia del Inciba firma la Resolución N° 35 que le da estatuto jurídico. En ese momento estaba al frente de tan importante institución la escritora Lucila Velásquez. Cualquier lector actual que se aproxime a los registros periodísticos del momento, quedará persuadido de que el Celarg existe porque fue decisión unilateral de la autora que, para la fecha, había publicado los poemarios *Amada Tierra*<sup>15</sup>, *Indagación del día y Claros enigmas*, entre otros títulos. La idea se torna certeza por cuanto el documento de instalación fue calzado con su firma la fecha señalada.

---

<sup>15</sup> Con este poemario obtuvo el Premio Municipal de Poesía en 1952.

El hecho de haber firmado la resolución hizo posible que, invariablemente, la prensa periódica se refiriera al hecho fundacional en términos resueltos de esta manera: «Por resolución de la Presidente del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes (INCIBA)...». Es decir, de ese fraseo se derivaba que el nuevo Centro de Estudios Latinoamericanos había surgido por decisión de la presidenta del Inciba. De hecho, el folleto que publicó el Celarg en 1976, del cual me he valido en momentos anteriores, sostiene esta lectura: «Leopoldo Zea revivió la iniciativa, convenció y animó a la Presidenta del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, señora Lucila Velásquez, para que el Centro fuese creado» (Celarg 1976, p. 5).

Hay más. En el discurso que dio L. Velásquez en el acto de instalación del Centro el 19 de septiembre de ese 1974, alimenta esta apreciación al cultivar un lenguaje en el que privilegia la primera persona del singular. Inicia su breve intervención de esta manera:

Hace apenas mes y medio el Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos” era una idea nada más, una posibilidad, simplemente un impulso. En este tiempo excepcional por dinámico, la Comisión Organizadora que tuve el honor de designar para darle forma estructural y programática a la filosofía de su concepción, ha culminado su labor. El resultado es el acto de hoy, por el cual, en

nombre del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, declaro oficialmente instalado el Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos” y nombro su Consejo Directivo, que está constituido por quienes habíamos integrado la Comisión Organizadora (1975, p. 266).

Y, más adelante, después de agradecer la presencia de los invitados internacionales, y de mostrar entusiasmo por los aportes de Zea como asesor fundador y como coautor del esquema conceptual, añade que fue a partir de ese esquema «por el cual dicté la Resolución que lo creó» (ibíd., p. 267). Es decir, todas las citas que he mostrado llevan a pensar que el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos existe por decisión de la escritora Lucila Velásquez.

Sin embargo, hay cabida para animar otra posibilidad. Esta interpretación que asomo viene apoyada en los testimonios que han ido apareciendo con el paso del tiempo. Uno de ellos fue evidenciado, precisamente, por Leopoldo Zea en un artículo que apareció en *Novedades* (México) en 1974. En ese texto expresaba: «Bajo los auspicios del gobierno venezolano se instaló el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos» (citado por Rodríguez Ozán 2005, p. 196). De esas palabras podemos interpretar que, cuando menos, no fue decisión sólo de una funcionaria, en este caso, Lucila Velásquez.

Tampoco podemos olvidar las palabras de complicidad que trajo a cuento Rodríguez Ozán y que destaqué en páginas precedentes; son aquellas en las que el presidente Carlos Andrés Pérez dice a Zea: «... está contento doctor Zea, ya tenemos el Rómulo Gallegos» (íd.). De esas pocas palabras se deriva lo que es obvio: el presidente de Venezuela conocía del proyecto. Además, tanto Miliani como Pino Iturrieta han hecho mención de los momentos dedicados por el catedrático mexicano para persuadir al presidente venezolano sobre la necesidad de dar cuerpo a una institución similar al Centro de Estudios Latinoamericanos que ya existía en la UNAM. Si no era imprescindible la mediación presidencial, ¿para qué o por qué se iba a empeñar el académico visitante en convencer al anfitrión de cuán importante era un centro de estudios como el que mencionamos aquí tantas veces?

Llegados a este punto surge una pregunta: ¿tenía la presidencia del Inciba entre sus atribuciones la fundación de un centro de estudios de estas características? Pienso que no. En lo personal, me inclino a creer que fue decisión de Carlos Andrés Pérez, y que Lucila Velásquez cumplió los trámites regulares para concretar el designio presidencial.

Un aspecto amerita relevancia en este momento. Es claro que el presidente venezolano se dejó ganar por el proyecto. Sin embargo, a la abultada agenda que debía cumplir con el visitante mexicano, se sumó el arribo al

país del recién electo presidente de Colombia, Alfonso López Michelsen. Ambos, el venezolano y quien asumiría el Poder Ejecutivo el 7 de agosto en Bogotá, tuvieron reuniones a las que no asistió el mexicano<sup>16</sup>.

Era un panorama cargado de tareas, por cuanto fueron varios los acuerdos firmados entre Venezuela y México en esa oportunidad. Tenían prioridad esos acuerdos, puesto que eran posibilidades de convenio que estaban pautados desde meses atrás. De tal manera, añadir al equipo de especialistas con el cual contaba el presidente Pérez para sellar pactos comerciales y tecnológicos (las áreas que había anunciado el subsecretario general de la presidencia de México)<sup>17</sup> un decreto surgido en último minuto como habría sido la decisión relativa al Celarg, no tenía oportunidad. En ese contexto, habrá resultado más expedito que la máxima figura del área cultural, en este caso la presidencia del Inciba, asumiera la tarea

---

<sup>16</sup> De manera que el titular «Presidente Pérez y Echeverría se reunirán con López Michelsen» (*El Universal*, 26 de julio de 1974, Cuerpo 1, p. 6), no fue rigurosamente cierto. Pues al día siguiente (en «Buscamos soluciones a los problemas comunes») el mismo diario precisó que el mexicano no asistiría a las reuniones (27 de julio de 1974, Cuerpo 1, p. 10).

<sup>17</sup> *El Universal* precisaba la importancia que tenía para México el tránsito de su delegación por tierras venezolanas: «En el interés de elevar a niveles, mutuamente convenientes, el intercambio comercial, se debe principalmente la visita que a Venezuela hace actualmente el Presidente de México» (26 de julio de 1974, Cuerpo 1, p. 6). Lo señalo para hacer el énfasis que no estaban planteados acuerdos culturales.



organizativa, que concluyó con la promulgación de la resolución antes dicha.

Que la Resolución N° 35 del Inciba fue producto de la urgencia, no se oculta. En pocos días, desde que Leopoldo Zea logró el apoyo de Carlos Andrés Pérez para el proyecto que ambos legaban a Venezuela, hasta que la resolución estuvo publicada en los periódicos nacionales (el 30 de julio), estamos hablando de horas. Pero fueron horas intensas de cosecha intelectual como pocas veces se ha visto en Venezuela. Merece especial comentario el trabajo que ella jefaturó. Lo coordinó, dirigió y concluyó en forma brillante. No hubo lugar a las excusas ni a las dilaciones.

Desde luego, hay que sumar un hecho que puede ser entendido sin mayor dificultad: no dependía del Inciba el presupuesto requerido. Esa decisión y la aprobación de la nueva entidad de cultura no eran atribuciones propias de la presidencia de ese instituto. Fue así como el Congreso dio el visto bueno para que contara con fondos hasta finales de año. El titular de *El Nacional* sobre este punto se resolvió así: «Quinientos mil bolívares presupuestados para iniciar y desarrollar el Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos”» (18 de septiembre de 1974, Cuerpo C, p. 12). A este propósito, la presidenta del Inciba dio estas declaraciones:

Ya tenemos presupuestado para estos meses que faltan para terminar el año, la cantidad de 500.000 mil bolívares (...).

El mes anterior, la presidenta del ente cultural había sometido a consideración del Congreso «la asignación de 1.000.000 de bolívares para el Centro de Estudios Latinoamericanos, dentro del Presupuesto-Programa elaborado por el Inciba» (*El Nacional*, 2 de agosto de 1974, Cuerpo C, p. 12).

Y es que, precisamente, un factor que hizo posible la fundación del nuevo centro de estudios tenía que ver con las nuevas condiciones que tranquilizaban a los administradores del presupuesto nacional. Esas condiciones tenían que ver con el auge de los precios del petróleo durante esos años. Sobre este particular, la primera página de *El Nacional* (3 de agosto de 1974) traía como noticia de atractivo central la que titulaban de esta manera: «Desafío de una súbita riqueza». La reflexión que seguía a este título se iniciaba de esta manera: «Este año los ingresos públicos alcanzarán a más de cuarenta mil millones de bolívares. El triple de los ingresos percibidos durante ejercicios anteriores».

Por cierto, esos nuevos precios intranquilizaron al gobierno de los Estados Unidos. El presidente de la nación nortea, Gerald Ford, fijó su punto de vista para lo cual eligió como escenario la reunión de las Naciones Unidas. Fue notable la respuesta que le envió Carlos Andrés Pérez. El documento tuvo enorme impacto en el continente, al punto que se reimprimió en varios países, entre ellos Cuba. Dada su trascendencia se encartó en la revista *Imagen*, en el mismo número donde aparecieron los registros gráficos y algunos

documentos relevantes que se leyeron en la instalación del Celarg.

El documento perecista es cabal expresión del espíritu que se vivía en esos años: la integración latinoamericana. Siendo así, una voz de alcance mayor que no podía ser otra sino la del Presidente de la República, tuvo que dar el visto bueno a la avanzada académica de Zea. Sus puntos de vista expresados en el documento que traigo a colación en el párrafo anterior estaban, sin dudas, en sintonía conceptual con el maestro mexicano. Vale decir, como buen discípulo, el ciudadano Carlos Andrés Pérez asimiló a plenitud las ideas académicas que, gota a gota<sup>18</sup>, y en escasos momentos –en la medida que lo permitían las circunstancias propias de tan breve visita–, iba depositando en él uno de los miembros que integraban la comisión encabezada por el licenciado Echeverría Álvarez. En mi opinión, fue la mejor clase que dictó Leopoldo Zea a lo largo de su notable vida docente<sup>19</sup>.

---

<sup>18</sup> En los descansos entre una y otra reunión o, tal vez, entre uno y otro brindis o, quizás, en la (breve) sobremesa de los almuerzos o cenas de circunstancia.

<sup>19</sup> De donde los esfuerzos para concretar la Biblioteca Ayacucho –que cobra vida por decreto presidencial del 10 de septiembre de ese mismo 1974– encontró terreno abonado por la prédica de Zea referida a la necesidad de centros culturales de proyección continental.



Queda alejada, entonces, aquella idea que tuve en un principio. Según este equívoco, el Centro de Estudios Latinoamericanos creado en Caracas habría sido un proyecto concebido por el presidente mexicano, que contó con el apoyo del Poder Ejecutivo en Caracas aquel mes de julio de 1974. El hecho comprobable es que Leopoldo Zea tuvo total protagonismo en la tarea de persuadir al presidente venezolano. Finalmente, hubo el acuerdo para que la disposición legal emanara de la presidencia del Inciba.

De manera que a partir del 30 del citado mes y año la nueva institución adquiere carta de ciudadanía por mediación de la Resolución N° 35, firmada por la presidenta de esta institución volcada a la cultura, doña Lucila Velásquez. ¿Cómo fueron resueltos los considerandos del nuevo establecimiento cultural? Su puesta a la vista para la memoria del presente es importante, sobre todo para tener en cuenta la resolución de su titularidad nominal como Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos. De tal forma esos razonamientos fueron:

Considerando:

Que la obra de Rómulo Gallegos es un reflejo de la identidad de los hombres y de la tierra de Latinoamérica, y por lo tanto ejemplo de hidalguía y de creación pura

que testimonian el más alto valor del artista frente a su mundo y el mundo de todos;

Considerando:

Que un estudio global, sistematizado y profundo de la literatura y el arte latinoamericanos abriría nuevos caminos a la proyección de la obra galleguiana en nuestro hemisferio;

Considerando:

Que los principios de identidad social y espiritual de los pueblos latinoamericanos se han fortalecido en el diálogo de los Presidentes de Venezuela y México, Carlos Andrés Pérez y Lic. Luis Echeverría, en ocasión de la visita del ilustre mandatario del país hermano, tierra y pueblo en donde la obra y la vida de Rómulo Gallegos se arraigaron de manera perenne<sup>20</sup>.

La pregunta natural que nos hacemos en el presente apunta a una dirección: ¿por qué Rómulo Gallegos y no otro escritor? Creo que deben tomarse en cuenta varias razones: la primera de ellas, que era el autor venezolano más reconocido en el exterior<sup>21</sup>;

---

<sup>20</sup> Fuera de Venezuela, la Resolución N° 35 se ha publicado en México (*Latinoamérica. Anuario Centro de Estudios Latinoamericanos*, N° 8, 1975, pp. 264-266). En esta oportunidad tomo el texto de *El Nacional* (2 de agosto de 1974, p. C-11).

<sup>21</sup> Con sobrada razón, Domingo Miliani lo definió como el «más latinoamericano de nuestros narradores regionales» (ibíd., p. 270).

la segunda, su muerte ocurrida el 5 de abril de 1969 había potenciado el valor y significación histórico-literarios de su figura; la tercera, había un premio internacional de novela con su nombre, el que pasó a asociarse de inmediato con la nueva institución; la cuarta, su filiación política lo hermanaba con el partido de gobierno en el ejercicio del poder (AD)<sup>22</sup> y, finalmente, Rómulo Gallegos se fortalecía en la conciencia pública porque en abril de ese año el Presidente de la República había decretado la adquisición –y posterior restauración– por parte del Estado de la última residencia que perteneció al escritor. La casa estaba ubicada en Altamira.

De hecho, la significación de este decreto presidencial es recuperado en el último artículo que dio vida al Celarg. Falta, entonces, recordar cuál fue el articulado que derivó de las consideraciones previamente transcritas. Los sucesivos *item* de la resolución fueron resueltos del uno al once<sup>23</sup> y ordenados en la siguiente secuencia:

Artículo 1º- Se crea el Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos”, adscrito al Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes de Venezuela con la colaboración del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México.

---

<sup>22</sup> Acción Democrática (organización política de filiación social-demócrata).

<sup>23</sup> Este articulado sigue a los «Considerandos» que leímos en la edición de *El Nacional* (2 de agosto de 1974, Cuerpo C, p. 11).

Artículo 2º- Este Centro tendrá como finalidad la búsqueda de la integración Latinoamericana a través de la Cultura. De aquí que sus trabajos, realizados en diversos ángulos y con no menos diversas expresiones, deban mantenerse a un nivel en el que puedan verse las relaciones que cada una de las expresiones de los países latinoamericanos guardan con el conjunto de los mismos.

Artículo 3º- Tendrá dos expresiones: la de exposición y difusión y la de formación de especialistas en estudios latinoamericanos en diversas disciplinas de la cultura: historia, literatura, filosofía, arte, política, economía, etc.

Artículo 4º- En el primer aspecto, el de la exposición y difusión, se impartirán cursos, cursillos, conferencias, seminarios, mesas redondas y congresos que permitan una amplia difusión y conocimiento integral de la cultura latinoamericana. Igualmente se realizarán exposiciones permanentes en las que el arte de la América Latina, en sus diversas tendencias y expresiones (artes plásticas, escénicas, auditivas, literarias, etc.), pueda ser conocido.

Artículo 5º- Respecto a la formación, se concederán becas para que estudiantes latinoamericanos puedan realizar estudios de postgrado –maestría y doctorado sobre Estudios Latinoamericanos– en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México o en las Universidades venezolanas que tengan prevista esta especialidad.

Los graduados de estas instituciones formarán los cuadros de personal de especialistas del Centro de



Estudios Latinoamericanos en Venezuela. Progresivamente se ampliará el intercambio con otros países latinoamericanos, con el objeto de ir formando el personal académico y de investigación para estos mismos estudios en cada uno de ellos.

Será el semillero de tales estudios el que permita, a su vez, formar el profesorado a niveles de primaria, secundaria y universidades, y a la elaboración del material de enseñanza de los mismos.

Artículo 6º- El Centro editará publicaciones orientadas a ampliar la bibliografía básica para estos estudios, y en consecuencia se crea la colección de Monte Ávila titulada NUESTRA AMÉRICA, que ha de recoger publicaciones de clásicos latinoamericanos, trabajos monográficos, en especial de análisis de carácter continental en diversas vertientes de la cultura, la historia, las ideas, la política y la economía latinoamericana.

Dichas monografías serán encargadas a personas especializadas en determinados temas, o elaborados en los Centros de Estudios Latinoamericanos existentes, o sus equivalentes. Igualmente se editarán antologías representativas del pensamiento y la cultura latinoamericanos.

Artículo 7º- Acordar dentro del amplio espíritu de colaboración e intercambio social y cultural entre Venezuela y México, a través del Convenio Bilateral, el envío de estudiantes de postgrado –maestría o doctorado– al Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad

Nacional Autónoma de México, y recíprocamente, el envío de estudiantes del Centro de México al de Venezuela, con el objeto de que realicen trabajos de investigación y tesis sobre la historia de Venezuela y aspectos de la misma a nivel continental.

Artículo 8º- Dentro del mismo acuerdo de intercambio, Profesores de los citados Centros de Estudios Latinoamericanos de México y de Venezuela ofrecerán cursos o seminarios sobre cultura y arte de Latinoamérica.

Artículo 9º- Se designan Asesores Fundadores del Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos", a los escritores Arturo Úslar Pietri, Miguel Otero Silva y Leopoldo Zea, Director del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Autónoma de México, coautor del proyecto de creación del Centro Venezolano.

Artículo 10º- Se designa una Comisión Organizadora del Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos" integrada por los escritores José Ramón Medina, quien la preside, Juan Liscano, Manuel Alfredo Rodríguez, Domingo Miliani, Salvador Garmendia, Adriano González León, Pedro Díaz Seijas y la suscrita Presidenta del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes.

Artículo 11º- El Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes a través de sus Direcciones de Infraestructura Cultural y Patrimonio Histórico, Artístico y Ambiental, brindará decidido apoyo técnico a las gestiones de rescate cultural y restauración de la casa del Maestro Rómulo Gallegos, acordadas

por Decreto Presidencial N° 35, de fecha 5 de abril de 1974.

Resultaba natural convertir la última residencia familiar del escritor en la sede del Celarg. Pero antes de cumplir con ese mandato, la casa tenía que ser adquirida por el Estado venezolano. Quedó visto que el decreto presidencial que resolvería este último punto se había promulgado. Pero, dado la lentitud del trámite, se decidió que el nuevo Centro comenzaría a funcionar en la Casa de Bello. Después pasaría a la sede definitiva que había sido dispuesta. Esto último que señalo queda de manifiesto en la breve nota que titula «Domingo Miliani designado director del Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos”». La noticia comenzaba de esta manera:

Con una serie de actos que se extenderán hasta el próximo viernes, se inicia hoy miércoles la instalación oficial del Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos” que tendrá como sede provisional la Casa de Bello para luego funcionar definitivamente en la antigua residencia del escritor, ubicada en Altamira (*El Nacional*, 19 de septiembre de 1974, Cuerpo C, p. 12).

Por esa razón, el jueves 19 de septiembre, a las seis de la tarde, se hizo la instalación pública del Centro en la mencionada Casa de Bello, situada en la parroquia Altagracia de Caracas. Ese día tuvieron orden de palabra Lucila Velásquez (como presidenta

del Inciba), José Ramón Medina (presidente de la comisión organizadora), Domingo Miliani (director del Centro) y Leopoldo Zea (asesor fundador del Celarg). En el texto de las páginas culturales de *El Universal* (22 de septiembre de 1974) titulado «El Centro de Estudios Rómulo Gallegos incluye problemas de desarrollo latinoamericano», se leía que el recién nombrado director «desarrolló un discurso que fue calificado de pieza oratoria brillante por los asistentes que lo premiaron con una cerrada ovación»<sup>24</sup>.

El día anterior, miércoles 18 de septiembre de 1974, a las nueve de la mañana, se había juramentado la directiva del Celarg en la sede de la presidencia del

---

<sup>24</sup> Años después, Rodríguez Ozán recordará: «Domingo Miliani hace un discurso erudito en el que, además de mostrarse como buen escritor, manifiesta la preparación académica que tenía para el cargo» (2005, p. 192). El discurso ha sido reproducido en *Latinoamérica. Anuario Estudios Latinoamericanos* (Nº 8) y en *Imagen*. En la Biblio-hemerografía cito ambas ediciones. Es claro que el autor no dio título al documento, razón por la cual traen enunciados distintos pero, sin lugar a equívocos, se trata del mismo discurso.

<sup>25</sup> La reseña del acto es presentada con el título «Serán becados escritores venezolanos no necesariamente universitarios por el Centro de Estudios Latinoamericanos» en *El Nacional* (septiembre 19 de 1974: C-12). Además de las personalidades que menciona la prensa del día, asistieron otras que han quedado fijadas en imágenes fotográficas y registro documental. Entre ellas Caupolicán Ovalles, Roberto Lovera-de Sola, Elías Pino Iturrieta, Guillermo Morón, Fernando Paz Castillo, Manuel Vicente Magallanes, Oscar Sambrano Urdaneta, Eduardo Arcila Farías, Ramón Escovar Salom, Mario Briceño Perozo,

Inciba, en la urbanización Altamira. Un periodista calificaba la sala donde se rindió el protocolo (que era el espacio más amplio de la edificación, preciso recordar) como «un lugar incómodo e inoperante para la solemnidad que el caso requería»<sup>25</sup>.

Asistió el ministro de Educación, Luis Manuel Peñalver, como máxima autoridad del Ejecutivo. Además de los invitados nacionales, acudieron en condición de invitados internacionales Leopoldo Zea y Abelardo Villegas (México); Darcy Ribeiro y Sergio Buarque de Holanda (Brasil); Roberto Fernández Retamar (Cuba); Arturo Ardao (Uruguay); Arturo Andrés Roig (Argentina); Francisco Miró Quesada (Perú) y Javier Ocampo López (Colombia).

Puedo suponer que la decisión de eliminar el Inciba para dar paso al Consejo Nacional de la Cultura (Conac), planteó la necesidad de desalojar las oficinas de la presidencia que ocupaba Lucila Velásquez, en Altamira. Bajo estas nuevas condiciones, se optó por dar cobijo al Celarg en la conocida quinta que estuvo situada en la séptima avenida, entre sexta y séptima transversal<sup>26</sup>, y no en la Casa de Bello, según se pensó originalmente.

---

Manuel Pérez Vila, Alfredo Chacón, Federico Brito Figueroa y Simón Alberto Consalvi. Por cierto, este último, junto con José Ramón Medina, recibió el nombramiento de asesor del consejo directivo (*El Universal*, 18 de septiembre de 1974, pp. 1-16).

<sup>26</sup> Hoy la conocida casa no existe. En su lugar se construyó un edificio residencial.

Asombra la celeridad para llevar adelante la tarea encomendada. Siendo la resolución del 30 de julio, para el mes de septiembre ya estaban en trance de echar a andar el Centro de Estudios que, desde Latinoamérica, asumía la responsabilidad de –como rezaba el segundo artículo de la resolución– «la búsqueda de la integración Latinoamericana (sic) a través de la Cultura». Y hablo de celeridad porque los once artículos de la resolución fueron desarrollados en una Estructura Organizativa y un Reglamento interno que estuvieron concluidos el 15 de septiembre. Es decir, les bastó mes y medio para afinar el funcionamiento de la recién creada institución. Un nuevo mérito que sumaba Lucila Velásquez, desde luego.

El Centro de Estudios asentado en Altamira nació con tres departamentos: Investigaciones, Taller de Creación Literaria, Docencia y Difusión. Cuando menos, así lo establecía al estructura organizativa de la nueva institución, que se publicó en varios diarios del país. Pero en el Reglamento que se había aprobado el 12 de septiembre<sup>27</sup>, se hablaba del segundo de esos departamentos como de Creación Literaria (con lo que se eliminaba la palabra “Taller”).

---

<sup>27</sup> El Reglamento es reproducido en *Latinoamérica. Anuario Centro de Estudios Latinoamericanos* (UNAM, N° 8, 1975, pp. 272-278). La Estructura Organizativa se privilegió en *Imagen* (N° 97 y 98, pp. 103-106), *El Nacional* y *El Universal, Actualidades* (boletín trimestral del Celarg), entre otros impresos.

Las consideraciones generales que servían de pór-tico a la estructura organizativa del Celarg hacían esta constatación:

Mientras en Estados Unidos y otros países del mundo existen alrededor de 150 centros de estudios latino-americanos, en la propia América Latina apenas si pueden enunciarse los que funcionan en la Universidad de México (Centro de Estudios Latino-americanos) y el Centro de Investigaciones Literarias de la Casa de las Américas en La Habana (*El Nacional*, Cuerpo C, p. 10, *El Universal*, Cuerpo 1, p. 16, jueves, septiembre 19 de 1974).

El panorama, en verdad, era poco halagüeño (por decir lo menos). Un par de años más tarde, la misma institución venezolana podía minimizar un poco lo dicho en las consideraciones generales de su estructura fundacional cuando presentaba el folleto de 1976 citado previamente. Allí se lee que el Celarg nació como la quinta institución del continente con ambiciones integracionistas en el ámbito de la cultura. Las otras cuatro –señalan en un preciso lugar– eran las siguientes: dos centros de estudios latinoamericanos en la UNAM (los de las facultades de Filosofía y

Letras, y de Ciencias Políticas y Sociales); el Centro de Investigaciones Literarias de Casa de las Américas y el Instituto de Estudios Hispanoamericanos de la UCV (Escuela de Historia). Muy pronto se sumaría el Instituto de Altos Estudios (IDEA) de la Universidad Simón Bolívar, también en Caracas. Por contraste, para esa misma fecha cerraban el número de 150 en Estados Unidos y alrededor de 130 entre Europa, Asia y África (Celarg 1976, p. 8)<sup>28</sup>.

Si hablamos de la quinta institución con esas características en América Latina, nos damos cuenta del poco interés en el medio académico nacional (y, por extensión, en cada una de las realidades nacionales del continente) por los estudios referidos a la cultura de Nuestra América. Una mirada puesta en las relaciones académicas (e intelectuales, en general) de esos años, muestra que el diálogo con Europa y Estados Unidos se ambicionaba más que con un vecino por imposición geográfico-cultural. Es decir, nos parecía más urgente buscar vínculos culturales con un francés que con un boliviano, o con un estadounidense que con un jamaiquino, por citar casos al azar.

---

<sup>28</sup> En *Araisa*, el anuario que tuvo el Celarg en sus inicios, Rafael Ángel Rivas –para ese entonces coordinador del Departamento de Documentación en Intercambio de Información– ofreció una compilación de los centros de estudios latinoamericanos diseminados en el mundo.



Llegados a este punto viene a cuento la oportuna acotación de nuestra conocida María Elena Rodríguez Ozán, quien recuerda lo que sigue:

México, por diferentes circunstancias históricas y geográficas, entre las cuales la más importantes es su vecindad con Estados Unidos, había estado muy alejado de esa otra parte de América Latina que es la América del Sur. De hecho estos contactos se establecerían sólo a comienzos de la década del sesenta, en el siglo XX (2005, p. 195).

Dentro de esta misma línea que apunta al olvido de la comarca continental, el filósofo argentino Oscar Terán (1938-2008) habla de «argentino-centrismo» (1986, p. 10) para caracterizar el ámbito ideológico-cultural del cual provenía. Desde luego, estaban las excepciones, es decir, se contaban los profesionales del área a quienes parecían naturales las referencias a confines vecinos (algunos de ellos estuvieron activos en los actos de fundación del Celarg), pero eran los menos. Me contó en una oportunidad el colega Alberto Rodríguez Carucci –docente durante varias décadas en la Escuela de Letras (Universidad de Los Andes, Venezuela)– que debió soportar las pesadeces de un colega, profesor de historia (que bien pudo ser de cualquier otra disciplina social), porque incluía como lectura obligatoria de sus cursos los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso. El historiador lo conminaba para

que se pusiera al día –eran sus palabras– al pedirle (exigirle, más bien) que leyera a los franceses.

Ocurría lo descrito en los años setenta, los mismos años en los cuales, en grupo con otros compañeros, cursantes todos en la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela, fuimos presionados y hostigados, porque pedíamos las cátedras de literatura venezolana y latinoamericana, y la actualización de las áreas de teoría y crítica literarias, que arrastraban las deficiencias heredadas de la llamada “Renovación” (1969). Una renovación para atrás, cabría señalar. En esos años, el ambiente universitario en nuestra escuela estaba ganado al disfrute y no al estudio. Estudiar Letras era “bonito”, solíamos escuchar para nuestro profundo desacomodo. La opción de estudios vigente no tenía un objetivo concebido (como nos la describía Ángel Rama en una entrevista que le hicieron dos de nuestros compañeros<sup>29</sup>) y, por tal razón, los estudiantes «egresan y no saben cómo actuar –apuntaba el entrevistado–, cómo desarrollarse, dónde ir, dónde trabajar» (Agelvis y León 1989-1990, p. 145).

---

<sup>29</sup> La reproducción de la entrevista en 1989-1990 descuidó precisar los nombres de quienes, siendo estudiantes de las Escuela de Letras de la UCV, tomaron la iniciativa de conversar con Ángel Rama. Aquellos estudiantes (actuales colegas) que se acercaron a nuestro profesor de aquellos tiempos fueron Valmore Agelvis y Héctor León.

El panorama que mostraba la década de los setenta en la Escuela de Letras de la UCV, llevó a aquel grupo de estudiantes a plantear una discusión en torno a los aportes y, sobre todo, las limitaciones que había impuesto el movimiento de 1969<sup>30</sup>. A tal propósito, se concibió un material mimeografiado titulado «Los estudios de literatura y la Escuela de Letras, UCV. Aportes para una discusión sobre los objetivos de nuestra Escuela»<sup>31</sup>. En determinado momento planteábamos la urgencia de ampliar las cátedras de las literaturas nacionales y, también, continentales. Esta fue la apreciación de aquel momento:

Dominados económicamente por los consorcios transnacionales, se nos quiere incorporar también a la cultura de los dominadores. Nuestra Escuela debería ser un baluarte en la defensa de nuestros valores, de nuestra cultura, de nuestra herencia cultural y sus raíces. Sin embargo: ¿qué conocemos de la literatura más nuestra, la venezolana, qué

---

<sup>30</sup> La llamada “Renovación”, de 1969, llamó la atención sobre la crisis de los métodos y la estructura de la universidad. Pero lo sucedido en Letras no cumplió con las expectativas transformadoras que se había planteado.

<sup>31</sup> Esos estudiantes fueron: Luis Beltrán Acosta, Valmore Agelvis, Mirla Alcibíades, Félix Casanova, Héctor León, Luis Felipe Mata, Miriam Mayorquín, Antonio Ortiz, Enzo Pérez, Edgar Pernalette y Rafael Tayupe. Para facilitar la identificación de este material, tanto en la Biblio-hemerografía como en el cuerpo de este ensayo resumo la autoría múltiple como «Acosta y otros».

conocemos de la literatura hispanoamericana? Es justo y legítimo el que estudiemos los valores de otras culturas, pero, para que eso tenga un sentido autenticador y no alienante, debe hacerse a partir de un conocimiento de los valores de nuestra cultura. En esto hacemos nuestro el pensamiento de Martí: «Injértese en nuestras Repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras Repúblicas» (Acosta y otros 1979, p. 12).

Es curiosa (por decir lo menos) esa tendencia en Venezuela, cuando una de las particularidades que se advierte en su proceso histórico durante el siglo XIX es la activación de voces que buscaban diálogo con el entorno continental<sup>32</sup>. Pero importa apuntar que los canales de encuentro entre intelectuales del vecindario latinoamericano (sobre todo hispanoamericano) tomaron el cauce que marcó la iniciativa personal (privada). Por lo que toca a la administración pública, esos cauces fueron dominados, fundamentalmente, por los tratados internacionales. Sin embargo, en el campo cultural no estuvo esa presencia del Estado.

---

<sup>32</sup> Una primera aproximación a este tema lo he planteado en mi aporte de 1995. La versión ampliada de aquella propuesta está en preparación. Pero puedo adelantar que después de la etapa de emancipación –donde la invocación continental no se oculta–, los años de república vieron transitar una serie de producciones –entre ellas publicaciones periódicas como *Mosaico* (1854), *Revista Literaria* (1865), *Semanario* (1877), *El Cojo Ilustrado* (1892)– que marcaron la impronta integradora.

En cambio, en el siglo XX ese sello particularizador se invierte. Durante esas décadas se vio que las avanzadas vinieron por decisión oficial, sobre todo del Ejecutivo. No en balde, cuando la ambición integracionista no era moneda corriente como quedó señalado –en las décadas de los sesenta-setenta del siglo XX– en nuestro país se fundaron tres instituciones de alcance mayor, continental: el Celarg, desde luego, Monte Ávila y Fundación Biblioteca Ayacucho. Creo que ello no habría sido posible si no nos alimentara una tradición de hermandad supranacional. Y allí surge la pregunta, ¿cómo era posible que, con esa tradición, no hubieran surgido instituciones como las que describo, desde tiempo atrás? ¿Cómo se explica que, mientras existió una publicación como la *Revista Nacional de Cultura* (fundada por Mariano Picón Salas en 1938, según se recordará) o la calidad informativa de, por ejemplo, *El Universal* y, varias décadas más tarde, *El Nacional*, en aportes culturales que fortalecían el contacto intelectual entre nuestros pueblos –de manera más sistemática el último diario que menciono–, la academia estaba alejada de esas aspiraciones? La única respuesta que se me ocurre es que dominaban en los estudios (cuando menos en Letras) las concepciones más retrógradas.

Siendo ese el ambiente que se presentaba, donde se utilizaban sin mayor discernimiento los enunciados iberoamericano, hispanoamericano (el que

utilizaba el grupo de alumnos de Letras en 1979) y latinoamericano, parecía natural un debate sobre la materia. En esos años, se usaban los adjetivos enumerados como sinónimos (sin mayor discernimiento). No se discutía la propiedad del término a utilizar.

De manera que no fue ese el tema que se debatió en el coloquio que tuvo lugar en la Casa de Bello el 20 de septiembre de 1974. El encuentro se tituló «Problemas de la integración cultural en América Latina». En buena medida, este encuentro entre especialistas puede verse como la continuación de un debate similar que, teniendo a Zea como convocante, tuvo lugar en Ciudad de México entre el 15 y el 19 de julio de ese mismo año. Se trató del encuentro «La historia de América Latina: problemas teóricos y metodológicos» (s. a. 1974, p. 299).

No era desatención o falta de rigor terminológico. Se trataba de que la agenda era agobiante. En todo caso, no se descuidó el asunto que tocó en este momento. Había claridad en el hecho de que el abordaje era continental, por lo cual no se reducía al mundo hispanoamericano. Ello explica otra reunión efectuada en México entre el 21 y 25 de octubre de 1974. En esta oportunidad se trató nuevamente de un coloquio. Lo acogieron bajo el nombre «Relaciones internacionales y estructuras políticas en el Caribe». Fue organizado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México

y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, y lo patrocinó la Unesco, el Fondo de Cultura Económica y la UNAM. Los participantes abordaron aspectos enfocados en Trinidad y Tobago, Guyana, Haití, Puerto Rico, Guadalupe, Jamaica, Cuba, República Dominicana y el Caribe en su conjunto. Entre los ponentes se encontraban nombres imprescindibles, entre otros, C. L. R. James, Leslie Manigat, Manuel Maldonado Denis, Gerard Pierre-Charles y Carlos Rama<sup>33</sup>.

Por cierto, hasta el presente los canales de comunicación académica entre el mundo hispano y portugués con el Caribe plurilingüístico siguen esperando mayor concreción. Cuando se fortalezcan esos lazos, cuando el Caribe se reconozca como integrante de la comarca continental, no habrá necesidad de añadir al nombre del continente el complemento “y el Caribe”. Interesado en ese aspecto que conduce a la precisión terminológica, cuando concibe el *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina* (Delal), Nelson Osorio dirá en la «Presentación»<sup>34</sup> que en los tres volúmenes:

... se refiere a “América Latina”, concebida en su dimensión actual, como un espacio plurilingüe, en

---

<sup>33</sup> Más noticias sobre este coloquio en *Latinoamérica. Anuario Estudios Latinoamericanos*, N° 8, pp. 278-279.

<sup>34</sup> Aunque esa «Presentación» no calza firma, en mi condición de asistente de la coordinación académica de esos tres volúmenes dejo constancia de la autoría que señalo.

el que se integran tanto la cultura y las letras hispanoamericanas como las del Brasil, del Caribe anglófono, francófono y neerlandés, las culturas pre-hispánicas e indígenas, etc. (p. XI).

Y, más adelante: «"América Latina" es en nuestros días la denominación aceptada internacionalmente para designar una realidad histórica y cultural diferenciada, que engloba a México, el Caribe insular y continental, Centro y Sudamérica» (p. XII).

Dicho lo anterior, vuelvo a mi relato. La necesidad de precisiones estaba en el ambiente. Encaró la urgencia Arturo Ardao al concebir su imprescindible *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, en edición –precisamente– del Celarg. Lo escribió cuando vivió en Caracas y se desempeñaba como profesor de la Universidad Simón Bolívar e investigador del Celarg. El término se iba imponiendo sobre las otras opciones que corrían. Resultado de esa búsqueda de rigor conceptual fue la serie de títulos *América Latina en...* De donde tocó al asesor-fundador del Celarg y demás intelectuales que dieron impulso y concreción a la historia del pensamiento o, más bien, historia de la conciencia social, de esta parte del mundo, el volumen *América Latina en sus ideas*. Fue decisión del nutrido grupo que concurrió con sus aportes para dar forma al ejemplar de 499 páginas que Leopoldo Zea fuera el coordinador de la edición. Ganaba terreno, pues, la apelación a Latinoamérica y/o América Latina.



Era trabajo de equipos. Se dio la concurrencia maravillosa de intelectuales procedentes de diversas latitudes del continente latinoamericano a quienes guiaba el mismo afán de identificación con la comarca mayor. Y, debe decirse, uno de los detonantes que hizo posible ese diálogo fue la bota militar. La fiereza de aquellas dictaduras arrojó al descampado a buena parte de la intelectualidad de cada país golpeado por la insania de los que portan armas como parte de su indumentaria cotidiana. Muchos encontraron refugio en Estados Unidos y Europa, pero otros permanecieron en estas tierras tan necesitadas de mentes lúcidas.

En cuanto a abrir las puertas al exilio que vino del Sur, Venezuela fue generosa<sup>35</sup>. Uno de los intelectuales prestigiados que encontró cobijo en nuestras aulas universitarias fue Darcy Ribeiro. En 1969 es contratado como profesor de la Universidad Central

---

<sup>35</sup> El Departamento de Investigaciones del Celarg inició con cuatro plazas: Elías Pino Iturrieta como coordinador, Carlos Luis Silva, Oswaldo Barreto y Mario Sambarino en función de investigadores: los tres primeros, venezolanos; el último, uruguayo (ver boletín *Actualidades*, N° 1, 1974, pp. 11-12, donde, a su vez, indicaba en la portada interior al profesor del Pedagógico de Caracas, Augusto Germán Orihuela, como investigador). El segundo número de este boletín, correspondiente a 1975 (pp. 11-12), anunciaba en la nota «Nuevos investigadores» la incorporación de Dardo Cúneo (argentino), Hugo Achugar (uruguayo), Rafael Kries (chileno) y Volker Petzold (alemán) a ese departamento.

de Venezuela y recibe invitaciones de varias instituciones y universidades del país. No fue el único, desde luego. Arturo Ardao que, vinculado con el grupo mexicano y siendo invitado a la instalación del Celarg en 1974, se residencia en nuestro país donde vivió varios años. Otro de esos exiliados fue Ángel Rama director de la Biblioteca Ayacucho, como es harto sabido y uno más entre los invitados a la instalación del nuevo Centro de Estudios. No se le menciona en la prensa, pero en las fotografías que reproduce la revista *Imagen* en edición que he mencionado anteriormente, dan testimonio de su asistencia al acto.

Pero más que elaborar un catálogo de la inmigración forzada que se produjo, sobre todo, en esas dos décadas, quisiera colocar el énfasis en el territorio cultural que se consolida en el país. No necesariamente los cuestionamientos a nociones raquíticas que prevalecían en el plano cultural o los aportes que se exponían eran generados por venezolanos o residentes en Venezuela. Estaba la fórmula impresa y, por el canal que ofrecía Monte Ávila, se generaban libros imprescindibles. Uno de ellos, no por pequeño fue menos significativo. Aludo a *Literatura y praxis en América Latina*, por varios autores. Fue un regalo que Monte Ávila hacía a los estudiantes que buscábamos nuevas orientaciones y pie firme para nuestras ambiciones intelectuales. Allí están las firmas de Fernando

Alegría, Noé Jitrik, Rafael Gutiérrez Girardot, Marta Traba y Ángel Rama. Se publicó en 1975.

Con este título que traigo a cuento quiero explicar, además, el término que se aplica para definir nuestra entidad continental. Para ese año, ya Ardao andaba en su búsqueda ardorosa por definir los orígenes de la voz que conceptúa un continente tan diverso por su complejidad histórica y cultural<sup>36</sup>. Esa necesidad por ponerse de acuerdo en torno a perspectivas coincidentes, y activar un proceso de discusión donde no se buscaba la uniformidad de criterio sino el intercambio fructífero de puntos de vista, dio preeminencia a la práctica del coloquio. Era diálogo entre pares, a final de cuentas.

---

<sup>36</sup> Una exploración que el argentino Ángel Núñez ha llevado a dimensiones notables en su avanzada de 2001.



Entre los actos de instalación del Celarg, el viernes 20 de septiembre de 1974, a las cinco de la tarde, tuvo lugar el anunciado coloquio, promocionado en la prensa diaria durante toda la semana. Pensada como sede inmediata del Centro, se consideró natural que la Casa de Bello resultara elegida como lugar adecuado para el encuentro. Tuvieron figuración destacada en ese debate académico las personalidades invitadas por el Estado venezolano, así como algunos profesores universitarios nacidos o residenciados en Venezuela. Con intervenciones limitadas a diez minutos en torno al tema general, presentado como «Problemas de la integración cultural en América Latina», se oyeron las voces de Francisco Miró Quesada (Perú), Abelardo Villegas (México), Roberto Fernández Retamar (Cuba), Javier Ocampo López (Colombia), Darcy Ribeyro (Brasil), Arturo Andrés Roig (Argentina), Arturo Ardao (Uruguay), Francesco D'Introno, Luis Quiroga Torrealba, Manuel Pérez Vila y Domingo Miliani (Venezuela)<sup>37</sup>. Fungieron de directores en el debate José Ramón Medina y Manuel Alfredo Rodríguez<sup>38</sup>.

---

<sup>37</sup> Aunque no estaba incluido como expositor, se invitó a hablar a Guillermo Morón. Hubo la presencia de otras figuras que poblaban el ambiente cultural del país, pero se privaron de hacer comentarios u observaciones.

Los puntos de interés habían sido fijados previamente para que orientaran la participación de cada expositor<sup>39</sup>. Los temas a considerar fueron: «Problemas de ideología y praxis», «Problemas de integración social y lingüística», «Problemas educativos», «Problemas de intercomunicación e información», «Problemas bibliográficos y documentales». Se asignaron dos ponentes por cada tema y se concedió participación por canal escrito al público.

Las intervenciones de ese coloquio fueron recogidas en el primer anuario que tuvo el Celarg. *Araisa* fue su registro de identidad y circuló por primera vez en 1975. En la «Presentación», explicaban el origen del nombre elegido:

En la lengua de los indios guaraos, habitantes dolientes de la Guayana venezolana (...) fuimos a buscar la palabra que bautizara esta publicación. ARAISA es precisamente la designación de amigo, en forma

---

<sup>38</sup> M. A. Rodríguez sería el director del Celarg cuando Miliani dejó de cumplir esas funciones en 1977 (Rivas Dugarte 1993, p. 10).

<sup>39</sup> En ocasión de ese encuentro caraqueño quiero observar un hecho que suele ser olvidado: fue la primera vez que el cubano Roberto Fernández Retamar vino a Caracas; el otro, más trascendente, en ese coloquio del 20 de septiembre se habló del encuentro previo efectuado en México, donde se abordaron los puntos centrales referidos a la integración que se oyeron en el diálogo caraqueño. Se trató de la reunión académica que tuvo lugar en la UNAM, entre el 15 y 19 de julio de ese año.

sustantiva; y en su valor adjetival remite a otro, a distinto. La diferencia que insertamos es la de ser un nuevo signo de búsqueda de la identidad cultural de nuestros pueblos (p. 8).

Es decir, desde un principio el Celarg se planteó el protagonismo de las culturas originarias del continente<sup>40</sup>. Y en el espíritu de amistad, vale decir, de cercanía, no obstante las diferencias, habló Francesco D'Introno en el coloquio de aquel 20 de septiembre de 1974, para hacer esta petición o, si prefieren, lanzar este alerta. Se trata de un lingüista que atiende a las exigencias de su campo de competencia al pedir el estudio del portugués y, además, apostar a este énfasis:

Ahora un punto sobre el cual yo quería decir dos palabras es el siguiente: A mí me ha sorprendido a veces el hecho de que en países europeos, inclusive en Estados Unidos, se estudian los idiomas, las lenguas indígenas de América Latina y es curioso notar cómo en muchos países de la América Latina ese estudio está detenido o está abandonado y no podemos hablar de integración lingüística de América Latina, si nosotros no dedicamos un poco de tiempo, de estudio, de buena voluntad a la investigación de las

---

<sup>40</sup> Como queda cabalmente probado con el estudio que desarrollaba Rafael Kries desde el inicio de actividades del departamento de investigaciones. Una avanzada de esas pesquisas la ofreció en el primer número de *Fragmentos* (el material mimeografiado que incluía adelantos de los trabajos de investigación en curso).

lenguas indígenas. Sería realmente necesario, imperioso, que un Centro como este u otro Centro aquí en Venezuela o en otros países de América Latina, impartan clases, por ejemplo, de Quechua, de Aymara, de Maya, de Guajiro, de otras lenguas indígenas y auspicien investigaciones sobre esos idiomas que forman parte de nuestro patrimonio cultural (ibíd., p. 238).

El llamado de atención de D'Introno es asunto que continúa reclamando profundización en el presente. Ese llamado encuentra eco en tiempos más actuales en el peruano Raúl Bueno Chávez (al mostrar los enunciados implícitos en el último ensayo escrito por Antonio Cornejo Polar<sup>41</sup>), cuando pedía el estudio de las lenguas originarias de América. Decía al respecto Bueno Chávez en 2004: «Aprender –los latinoamericanos de buena fe– lenguas aborígenes y llegar hasta sus usuarios naturales, en sus propios sistemas y códigos, con la información que les y nos concierne: es nuestro deber» (ibíd., p. 100)<sup>42</sup>.

Creo que va mucho más allá del ámbito lingüístico este asunto. Hemos privilegiado estudios que toman en

---

<sup>41</sup> «Mestizaje e hibridez: los riesgos de las metáforas. Apuntes» (1997) fue ese escrito final del intelectual peruano. Se ha reproducido en varias ocasiones.

<sup>42</sup> Desde luego, otra posibilidad es que esos usuarios naturales sean oídos en la Academia: tanto porque tengan posibilidad de incorporarse a esa esfera de conocimiento como porque la Academia vaya a ellos y los escuche.



cuenta, fundamentalmente, las centurias que se cuentan a partir de la invasión colombina. ¿Y qué decir de los, aproximadamente, 30.000 años antes de Cristo que dieron aliento humano a estos suelos? ¿Es que, acaso, se piensa que con el exterminio de mujeres y hombres se borró todo rastro de esa presencia milenaria? ¿Vamos a olvidar, entonces, la certeza de César Vallejo cuando hablaba de la casa deshabitada que: «El punto por donde pasó un hombre, ya no está solo. Únicamente está solo, de soledad humana, el lugar por donde ningún hombre ha pasado» (1979, p. 54)? La casa hogareña a la que rinde tributo este grande del Perú, es la casa que nosotros, aquí, convertimos en la amplia comarca latinoamericana.

En esta cifra referida a nuestra antigua data tengo presente el debate actual. Ese debate, nos ha venido del campo arqueológico, sobre todo desde 1973, por obra de los hallazgos de la brasileña Niède Guidon, en São Raimundo Nonato, Piauí. A partir del estudio de yacimientos arqueológicos y pinturas rupestres en Monte Alegre, al este de Piauí, el grupo de trabajo que ella lidera no ha titubeado al hablar de vida humana en nuestro suelo en una cifra que supera con creces la mostrada en el párrafo precedente: 60.000 años.

Casi veinte años más tarde correspondió al Perú llamar la atención sobre el punto. No se trató esta vez de la materia referida a la fijación de vida humana en América. Correspondió a una antropóloga y arqueóloga

nacida en el Callao, Ruth Shady Solís, estar a la cabeza de un equipo de profesionales que se dio a la tarea de profundizar en el estudio de Caral, la ciudad más antigua de la masa geográfica conocida como América. Muy pronto, artículos en coautoría le permitieron divulgar los resultados que iban consolidando. Después de tres años de trabajo publicó en 1997 su más que notable *La ciudad sagrada de Caral-Supe en los albores de la civilización en el Perú*. Las investigaciones se adelantaron en el valle de Supe, a 182 kilómetros al norte de Lima. No fue el único gran poblamiento que hubo en esa zona geográfica, pues estuvieron otros centros urbanos (como Allpacoto, Aspero, Miraya, Kotosh, La Galgada), pero la más antigua es Caral con una data que la sitúa como coetánea de Mesopotamia y Egipto<sup>43</sup>.

Por el lado uruguayo, las exploraciones del equipo que encabeza el paleontólogo Richard Fariña en el Arroyo del Vizcaíno en la localidad de Sauce, departamento de Canelones, habla de ancestros en esa región de 30.000 años. Los resultados se han divulgado en fecha reciente, apenas en 2011. No es fácil para el lector venezolano ponerse en las publicaciones de estas autoridades en sus campos de desempeño profesional. Sin embargo queda una alternativa expedita: parte fragmentada de las avanzadas de

---

<sup>43</sup> Un acercamiento expedito a los aportes de esta profesional peruana es su conferencia magistral en la Universidad Alas Peruanas, de inmediato acceso en ruta digital.

estos científicos sociales que destaco en el actual *item* están al alcance en formato electrónico.

En todo caso, salta a la vista que las fechas apuntan a un poblamiento con disimilitud cronológica. Pero lo que ha quedado invalidado es la data de anclaje humano en América de 15.000 años. Es decir, somos mundo antiguo, miles de años nos preceden. Siendo así, ¿cómo seguir calificándonos como nuevo mundo o pueblos jóvenes? Las imposiciones mentales han sido selladas tan herméticamente que, incluso habitantes coetáneos que habitan territorios previamente poblados por naciones como las incas, mayas o náhuatl, se consideran comunidades en edad poco menos que infantil. Esa idea hay que desarraigarla para cargarnos del sólido piso histórico que nos dé soporte vital.

Las referencias al pasado remoto no deben verse como afán de erudito que, en una compulsiva necesidad personal de acumular información, se vuelca permanentemente a las fuentes del pasado. La mirada al ayer debe entenderse en varios sentidos. Por una parte, porque: «El componente *tradición*, (...) es uno de los obligados rasgos de toda definición de “cultura”», según recuerda Ángel Rama (1985; p. 26)<sup>44</sup>. La cuestión aquí es ver de qué tradición estamos tratando. Porque, no olvidemos, es tendencia

---

<sup>44</sup> Interesa la preocupación de Rama sobre el tema de la tradición tanto por el planteamiento como por haber sido escrito en la década de los setenta, década natal del Celarg.

hecha inclinación natural fijar nuestros inicios culturales en 1492. Debido a ello, estoy en capacidad de apreciar el grado de compromiso estético (que es compromiso ético, a final de cuentas) de José María Arguedas, señalado en el celebrado discurso ofrecido en el acto de recepción del premio Inca Garcilaso de la Vega, en octubre de 1968<sup>45</sup>. Al hablar de la situación del pueblo indígena peruano «oprimido por el desprecio social, la dominación política y la explotación económica» (Arguedas 1975, p. 281), «nación acorralada – añadía en la misma página–, aislada para ser mejor y más fácilmente administrada», exponía la justificación que daba sentido a su poética:

Pero los muros aislantes y opresores no apagan la luz de la razón humana y mucho menos si ella ha tenido siglos de ejercicio; ni apagan, por tanto, las fuentes del amor de donde brota el arte. Dentro del mundo aislante y opresor, el pueblo quechua, bastante arcaizado y defendiéndose con el disimulo, seguía concibiendo ideas, creando cantos y mitos (ibíd., pp. 281-282).

Y, más adelante, él, que hasta los ocho años había hablado en quechua, manifiesta el propósito de construir

... un vínculo vivo, fuerte, capaz de universalizarse, de la gran nación cercada y la parte generosa,

---

<sup>45</sup> Las palabras fueron incluidas en la segunda parte de *El zorro de arriba y el zorro de abajo*.

humana, de los opresores. El vínculo podía universalizarse, extenderse; se mostraba un ejemplo concreto, actuante. El cerco podía y debía ser destruido; el caudal de las dos naciones se podía y debía unir (ibíd., p. 282).

Vale decir, hay que buscar apoyo en la tradición porque, aquí, esa tradición está fijada desde muchos siglos antes de 1492. Y nótese que no se trata de anular la nación occidental, se busca, por el contrario, unir lo mejor de los dos mundos. Construir vínculos es otra tarea. En esta línea de argumentación se sitúa Rafael Gutiérrez Girardot cuando reclama:

América no puede sostener una especie de adanismo folclórico que la priva de su espina vertebral, del hecho de su existencia y realidad históricas. Tomar conciencia de ellas, exige enfrentarse al pasado, a la tradición, es decir, conocer y asimilar su punto de partida en la historia y sus caminos en el mundo histórico, esto es, recuperar el pasado y enmarcarlo en un proyecto de futuro. Ese pasado tiene dobles recursos: la tradición occidental que tiene una culminación histórico-universal, esto es, lo que Edmundo O'Gorman llamó "la invención de América" –en el doble sentido de la palabra: fabulación y descubrimiento– y la propia tradición, la historia de la América hasta entonces incógnita, la América indígena (2001, p. 41).

Se trata, en última instancia, de la misma preocupación que inquietaba a Simón Bolívar cuando, en la

conocida *Carta de Jamaica*, trataba de esta doble tradición. No de otra manera pueden ser interpretadas estas palabras del grande de Latinoamérica:

Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares; nuevos en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo viejos en los usos de la sociedad civil (...) mas nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra parte, no somos indios ni europeos sino una especie media entre los legítimos propietarios del país, y los usurpadores españoles; en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento, y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar estos a los del país, y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores; así nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado (1972, p. 232).

No puedo dejar de observar lo que no mencionan ni Arguedas ni Gutiérrez Girardot<sup>46</sup> de esa tradición que debemos poner en diálogo con la otra que fija sus raíces milenarias. Entonces, no nos limitaremos sólo a Europa, también el diálogo debe incluir a los africanos del Sur traídos por vía forzosa a América y, con fecha más reciente, a los desplazados de la China, el Japón, la India y el Cercano Oriente.

---

<sup>46</sup> No sumo en esta objeción a Bolívar, visto lo temprano de sus esfuerzos incluyentes.

Pero hay otras tareas. Tengo presente que habla en aquellas líneas el Arguedas productor de discursos estéticos; o sea, plantea una poética que puede ser extensiva a la música, la arquitectura, la plástica, etc. Pero hay que llamar la atención sobre el hecho de que no está abordando el asunto desde la óptica del antropólogo. No perdamos de vista que la recuperación de la tradición también tiene que ver con las disciplinas sociales, esto es, con su praxis como productoras de conocimiento. Y es que la recurrencia al pasado se convierte en la vía expedita en el camino de la descolonización cultural. Recordemos que, en el reparto de asignaciones en este mundo globalizado, las naciones que han logrado mayor desarrollo tecnológico han pretendido consagrar una designación de roles a partir de la cual a América Latina le correspondería ser consumidora de informaciones que esas naciones le proveen. Ante esa perspectiva, América Latina tiene el compromiso de generar sus propios modelos de conocimiento para dejar de ser un escenario de reproducción de información<sup>47</sup>. Y ese conocimiento debe apoyarse, en buena parte, en el soporte que nos ofrece nuestro legado milenario.

En este punto, juzgo oportuno llamar la atención en la perspectiva que aplica Ruth Shady Solís, porque excede el mero plano descriptivo de su campo de

---

<sup>47</sup> Rafael Gutiérrez Girardot prefería utilizar la fórmula: «reproducción de pensamiento» (2001, p. 93).

estudio para llamar la atención en la continuidad histórica que se advierte a partir del centro urbano de Caral. Así, puede demostrar que muchos de los aportes que consolidó esa comunidad tuvieron continuidad en otros poblamientos de la región andina tanto como de la amazónica y, en lo que refiere al Perú, llegaron 5.000 años más tarde a la cultura inca.

Es digno de recuperar para el presente aquel legado en diversos campos, manifiesta con énfasis la antropóloga peruana. En tecnología pesquera; en el mejoramiento genético de cultivos (lograron, por ejemplo, que el algodón natural se produjera de diversos colores, ya no sólo el blanco natural sino en rojo, marrón, beige); en arquitectura e ingeniería fueron capaces de levantar construcciones sismorresistentes; en física, a través de la mecánica de fluidos, supieron mantener activo el fuego sin intervención humana en forma directa; por medio de la ingeniería hidráulica lograron abastecerse de agua para los cultivos, incluso en épocas de sequía, en este campo se adelantaron 6.000 años a Europa; sin sumar a esta producción de conocimiento los avances en astronomía, biología, medición del tiempo, física cuántica. Y todo ello ocurría 12.000 años atrás. En el campo cultural se puede rastrear la continuidad en prácticas musicales, por ejemplo, pero no se ha construido ese trazado con los productos literarios. Y, al llegar a este punto, me pregunto: ¿qué material estético,



qué formas discursivas de esa cultura siguen activas hasta el presente?

Y también (para dar continuidad a las consideraciones de Arguedas), se pretende, entonces, que las disciplinas sociales construyan la historia de su devenir en el tiempo. Ese devenir –y no quiero resultar tediosa al repetirlo– no nace con la invasión española a estas tierras. Tiene un recorrido mucho más prolongado y, desde luego, rico y fructífero. Como señala el autor de *Los ríos profundos*, esas naciones originarias «siguieron concibiendo ideas, creando cantos y mitos» y, también, cabe añadir, modelando una poética y una manera de juzgar esos productos del canto que deben ser recuperados para la memoria activa de hoy. Siendo así, una historia –y uso como ejemplo una de las prácticas especializadas en la que me desempeño, la literaria– de la crítica y de la historia en este campo de saber tiene que iniciarse con las propuestas de nuestras culturas ancestrales. Lo mismo procede con la filosofía, por tomar otro ejemplo, ¿o acaso vamos a creer que los únicos actantes en el campo reflexivo eran los griegos y los latinos pero no los mayas, incas, aztecas, araucanos o pemones?

Los temas se amplían. Uno que me asalta por lo urgente teje relación con este pasado remoto. Hay que hacer un alto en los esfuerzos de Francisco de Miranda por el estudio y la actualización de algunos postulados tomados del pasado ancestral de este continente.

Sin dudas, el caraqueño estaba pensando en la cuestión referida a la gobernabilidad (o gobernanza, en terminología más reciente), por lo que buscó el modelo en los incas. Es una demanda mirandina que se convierte en invitación para los politólogos, quienes podrían plantearse esa investigación, cuando menos en las comunidades tradicionales más sólidamente estatuidas de este continente. Está bien que se estudie la política en Platón y Aristóteles, pero también hay que meditar, cuando menos, sobre la praxis de gobierno en los incas, mayas o aztecas. Pensemos solamente en el modelo de organización de estos últimos que permitió mantener el orden social en una población que superaba (en varios cientos de miles) a las ciudades más pobladas de Europa para fines del siglo XV (y lo advertía Francisco López de Gómara, a pesar de su limitada capacidad para entender el denso mundo que pretendía expresar<sup>48</sup>).

Pero hay que hacer un alto en este punto, tampoco se apunta solamente a los lugares donde primaron las grandes culturas de América: también deben examinarse hasta el presente las comunidades cuya presencia tuvo menor relevancia. Pienso en Venezuela donde todavía no se estudia como es debido la existencia de

---

<sup>48</sup> Al ver la organización y orden interno del último gobierno azteca tuvo que reconocer lo que sigue: «Tanto fue el estado y casa de Moctezuma; su corte tan grande, tan generosa, tan noble» (1979, p. 121).

mujeres (cacicas) en funciones de mando. Señalo este campo como otros que podría sumar: la culinaria, por ejemplo, donde el casabe es demostración de una fina destreza en el procesamiento de un producto natural venenoso (la yuca amarga), para tornarlo comestible. Y era trabajo de mujer, corresponde añadir.

Por esa razón me identifico con una de las líneas de investigación que cultiva la maestría y doctorado de la Universidade Federal da Grande Dourados (en Mato Grosso do Sul, Brasil). Por la exposición de ideas que vengo desarrollando, quiero destacar la primera ruta de trabajo, la que identifican como Historia indígena. Veamos su orientación:

Esta línea tiene como objetivo el desarrollo de estudios sobre la trayectoria histórica y socio-cultural de los pueblos indígenas de América, desde antes de la colonización europea hasta nuestros días. Estos estudios requieren el uso de técnicas, métodos y teorías de diversas áreas de conocimiento, en particular de la Antropología y Arqueología, además de la Historia propiamente dicha, para la producción, el análisis y la interpretación de datos de diversos géneros (arqueológicos, etnográficos, iconográficos, lingüísticos, orales, textuales, etc.).

Nesse (sic)<sup>49</sup> sentido, la línea tiene, pues, como objetivo contribuir a la construcción de una Historia

---

<sup>49</sup> El folleto divulgativo bilingüe (brasileiro-castellano) explica el desliz.

Indígena más allá de las fronteras geográficas y disciplinarias, que sea plural, de nivel internacional.

Cada vez se torna más insostenible la idea de un continente capaz de perpetrar sobre sí una deprecación de tan mayúsculas proporciones. Quinientos años no pueden (no deben) borrar milenios de actividad humana. Sobre todo cuando sabemos que esos milenios no se han apagado para siempre.

Y, además, no nos habremos apropiado (aprehendido) en su complejidad todo ese pasado, hasta tanto no se haya incorporado a nuestro imaginario cotidiano. Para dar un ejemplo al respecto, el año 2002 tuvimos en el Celarg un investigador invitado. Vino de Japón. Se llama Takaatsu Yanagihara y trabajaba (ignoro si continúa en esa institución) en la Universidad de Hosei. Una vez le pregunté cuál era la referencia histórica de su país con la cual se sentía identificado. Sin vacilación me contestó que con el “bonzo”. La explicación que me dio fue ésta: se trata de un personaje popular que representa el humor, la inventiva, la improvisación rápida; vivió en los siglos XIII o XIV (no supo precisarme data). Ahí tuve la clarividencia para el asunto que me ocupa hoy: sólo nos habremos familiarizado a cabalidad con nuestro pasado milenario cuando, al responder una pregunta equivalente a la que formulé a Yanagihara, sepamos encontrar en un tipo humano anterior a 1492 nuestra imagen en el espejo de la historia. O, para colocar

un ejemplo que nos resulte más cercano, si al hablar de nuestros antepasados remotos no utilizemos “ellos” sino “nosotros”<sup>50</sup>. Cuando ese ayer sea presente actuante.

Quizás usted que me está leyendo tome lo que expreso como una agresión a su manera de entender los estudios sociales, con fiel apego a los cánones que dicta la academia europea o estadounidense. Pero le aseguro que los sectores mayoritarios del continente, que viven al margen del modelo intelectual al que usted rinde culto y que, muy probablemente, en el plano de la comunicación estético-literaria cultivan la oralidad, estarán perfectamente de acuerdo conmigo.

En *Los pasos perdidos* Alejo Carpentier dejó un pasaje de enorme potencia significativa. La consolidó en su viaje al sur de esta república, en los vericuetos que va dejando el Orinoco. Es ésta:

Aquellos indios que yo siempre había visto a través de relatos más o menos fantasiosos, considerándolos como seres situados al margen de la existencia real del hombre, me resultaban, en su ámbito, en su medio, absolutamente dueños de su cultura. Nada era más ajeno a su realidad que el absurdo concepto del *salvaje*. La evidencia de que desconocían cosas

---

<sup>50</sup> Decir, por ejemplo, “nosotros tuvimos ingenieros hidráulicos desde 12.000 años a.C. en Caral” y no “ellos tuvieron ingenieros hidráulicos desde 12.000 años a.C. en Caral”, como se escucha y/o lee habitualmente en nuestras comunidades (nacionales o regionales) con preeminencia poblacional indígena.

que eran para mí esenciales y necesarias, estaba muy lejos de vestirlos de primitivismo (2005, p. 252).

Muchas veces me he preguntado cuántos usos y prácticas provenientes de nuestros primeros padres y madres habremos incorporado a nuestro hacer cotidiano sin advertirlo. Hay referencias obvias: muchos aportes alimentarios, técnicas de cocción, farmacología, etc. Lo mejor de lo dicho es que –lo sé<sup>51</sup>–, muchos aspectos de esa cultura está con nosotros... y no lo hemos advertido.

¿Y qué decir de la otra tradición? ¿Cómo hemos asimilado nuestro pasado a partir de 1492? Ya he indicado lo fundamental: muchos pretenden que antes de ese año está la nada eterna. Pero, por otro lado, tampoco hemos recuperado cabalmente la tradición occidental que nos precede. Como no quiero hacer un recuento prolijo de la suma de inexactitudes que estamos habituados a repetir, quiero hacer alto en uno de mis trabajos. Es mi avanzada de 2004, donde he puesto en jaque uno de los rasgos caracterizadores con el que se ha pretendido explicar el proceso de modernización (1870-1910) de América Latina.

De acuerdo con la lectura consensualmente aceptada, fue característica del periodo que destaco la

---

<sup>51</sup> Porque no puedo, no quiero (y debo repetirlo hasta el cansancio) creer que milenios de vida colectiva puedan ser borrados y reducidos a quinientos años.

conciencia que hubo en relación con el rápido transcurrir temporal; la velocidad de las comunicaciones; el materialismo, visto como hegemonía del dinero. Pues bien, en ese volumen que menciono me permití señalar que la conciencia referida a la vida acelerada, propia de esos nuevos tiempos y los demás rasgos que destaco, ya estaba aposentada en la mentalidad del periodo republicano (1830-1870)<sup>52</sup>. Ese solo elemento ya obliga a releer el lapso que indico. Como también –a partir de los estudios que se han venido consolidando en las últimas décadas– queda en evidencia la ilegitimidad de todas las historias del continente en cada uno de los campos tanto con preeminencia de la estética como en aquellos propios de las llamadas ciencias de la naturaleza y de la sociedad. Todas esas historias han ignorado sistemáticamente las avanzadas femeninas<sup>53</sup>. No menor objeción debe hacerse a la ausencia –en el caso puntual de las historias literarias– de la producción estética que optó

---

<sup>52</sup> El llamado de atención sobre el acelerado curso del tiempo lo formulo en el Capítulo II, pp. 144-147. Y acoto en este momento que el «Prólogo» de Federico V. Maitín (hermano del poeta José Antonio) para *Tristezas del alma*, de Abigaíl Lozano, inicia de esta manera: «Hoy todavía no sabemos qué pueda esperar un poeta en esta tierra de absoluto materialismo» (p. 7, mantengo la ortografía original). Y lo expresaba en 1845. No fue el único que se manifestó en esos términos, fueron muchos.

<sup>53</sup> Aunque sería mezquino ignorar el llamado sobre los aportes de la mujer en el campo literario que hizo el dominicano Pedro Henríquez Ureña en su clásico volumen de 1945 (ed. estadounidense) y 1949 (ed. castellana).

por la oralidad; es una producción que, sin necesidad de encuestas ni estadísticas, sabemos que supera visiblemente el número de discursos escritos. Esa superioridad numérica tiene una explicación evidente, pues viene soportada por la constatación empírica: en el principio fue la oralidad.

Pueden sumarse ejemplos de las limitaciones, carencias y tergiversaciones que se aprecian en numerosos campos. Son falencias que se sostienen, precisamente, porque hemos descuidado la asimilación de nuestra tradición. Un caso (entre otros que podría citar) ilustrativo de lo que vengo observando se entenderá, sin lugar a dudas, de inmediato. Tiene que ver con la constante reproducción que vemos en portadas de libros, afiches, pendones, promoción y publicidad gubernamentales, de la pieza pictórica *América invertida* (de 1943), obra del artista uruguayo Joaquín Torres García (1874-1949). No cuestiono la pieza del reconocido artista plástico, objeto el olvido que hacemos del tucumano Antonio de León Pinelo quien, tres siglos antes, concibió una representación similar en su libro *El Paraíso en el Nuevo Mundo*, escrita entre 1645 y 1650.

Hay que añadir un elemento fundamental a lo dicho. No se trata sólo de trabajo de estudiosos, de académicos. De hecho, a muchos investigadores (los especialistas en el periodo colonial) les es familiar la personalidad y la obra de Antonio de León Pinelo,



así como de los aportes en diversas disciplinas que se dieron en esos siglos de dominación europea. De lo que se trata es de convertir esos conocimientos en patrimonio del común.

Por eso es propicio el momento para recordar que, con la mirada puesta en la cuestión referida a la difusión del conocimiento, la Resolución N° 35 que dio nacimiento al Celarg había tomado en cuenta esta demanda. Ello explica el contenido expresado al final del Artículo 5, cuando se establecía que el proceso de investigación y formación de profesionales con visión latinoamericanista permitiría, «a su vez, formar el profesorado a niveles de primaria, secundaria y universidades, y a la elaboración del material de enseñanza de los mismos».

De más está decir que se pensaba en esos años en la urgencia de establecer inmediata comunicación con las instancias propias de otros ministerios, desde la educación básica hasta la superior. A su vez, se comprometía este centro de estudios a establecer diálogo activo con otras instituciones venezolanas de tercer nivel. Por tal razón, también se pensó en el Celarg para la formación de profesionales en estudios de postgrado.

Y no se limitaba sólo a establecer comunicación académica con instituciones venezolanas de orientación docente. Quedaba expuesta otra exigencia que se planteó aquel año fundacional. Esa exigencia tuvo que ver con las relaciones que tendrían que existir

cuando menos con el Centro de Estudios Latinoamericanos de la UNAM. Este punto se planteó en la Resolución del 30 de julio (Art. 5º) en estas líneas: «... se concederán becas para que estudiantes latinoamericanos puedan realizar estudios de postgrado (...) en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México». Sin embargo, es propicio el momento para añadir que lo expresado en la resolución fue prontamente considerado en el reglamento de septiembre, cuando se expuso que los estudios de postgrado «deberán organizarse mediante acuerdos de cooperación y convenios de convalidación con universidades e institutos superiores del país y de otros países latinoamericanos» (*Latinoamérica. Anuario...*, N° 8, p. 275).

Es trabajo político el que hacemos porque nos comprometemos con una ética del estudio que sitúa la mirada en la descolonización del pensamiento. Y esas avanzadas que ganan terreno para proveernos de una perspectiva latinoamericanizada (y ya no yanquizada o europeizada) en función de nuestro autoconocimiento, de una mirada por y para nosotros mismos, fue lo que se propuso aquel grupo que dio aliento institucional al Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos el 30 de julio de 1974.

Se puede constatar que la Resolución N° 35 del 30 de julio de 1974 no contemplaba un departamento para convocar participantes destinados a los talleres literarios. Ciertamente, para consolidar «la integración Latinoamericana a través de la Cultura» que establecía el segundo punto del articulado, la institución tendría «dos expresiones» (así las conceptuaba el tercer artículo) que eran «la de exposición y difusión y la de formación de especialistas en estudios latinoamericanos en diversas disciplinas de la cultura». Es decir, serían dos departamentos: promoción y difusión, de un lado, y formación –o sea, investigación y estudio–, del otro.

Pero cuarenta y cuatro días más tarde, en el Artículo 3 del reglamento (fechado el 12 de septiembre), se ha incorporado el de creación literaria. De tal suerte –expresaba el documento– «para llevar a cabo sus altas finalidades [el Celarg] tendrá los siguientes Departamentos» (p. 272). Esos departamentos sumaban cuatro: Investigación, Creación Literaria, Docencia y Difusión, y Documentación e Intercambio de Información (pp. 272-273).

Por su lado, la estructura organizativa (que, recordemos, se hizo pública el 19 de ese mes de septiembre) no habló de cuatro departamentos –como había

hecho el reglamento— sino de tres: Investigaciones, Taller de Creación Literaria, y Docencia y Difusión. Es decir, el segundo departamento que, en el reglamento, se definía como Creación Literaria, fue denominado aquí Taller de Creación Literaria. La razón de ser de estos talleres quedaba justificada de la siguiente manera:

Su misión básica será la de ayudar a jóvenes creadores literarios en su etapa de formación, quienes se incorporarían como becarios a plazos de uno o dos años, para realizar una obra concreta de creación en cada una de las secciones.

Su Coordinador deberá ser un escritor de reconocido prestigio nacional e internacional.

Cada una de las secciones deberá estar a cargo de un escritor cuya obra se haya orientado predominantemente hacia el tipo de creación que deberá asesorar (*El Nacional*, 19 de septiembre de 1974, Cuerpo C, p. 10).

La estructura organizativa determinaba que el departamento denominado “Taller de Creación Literaria” estaría constituido por las siguientes secciones: narrativa (cuento y novela); poesía; teatro; cine, radio y televisión; ensayo y crítica literaria. El primer coordinador que tuvo el citado departamento fue Salvador Garmendia, según información que proporcionó Domingo Miliani a *El Nacional* el 19 de septiembre. Se cumplía, pues, la exigencia de que esta responsabilidad debía recaer en un productor literario con reconocimiento nacional e internacional.

Por otro lado, en esa declaración de Miliani como director del Centro, quedaba señalada la definición de este segundo departamento. En sus palabras, los talleres de creación literaria tenían como propósito:

... dar cabida por vez primera en la historia venezolana a la vocación del escritor como creador literario. El Departamento de Extensión Literaria –expresión que usaba para referirse a los talleres– va a funcionar en forma parecida al Centro Mexicano, al servicio de los jóvenes escritores, poetas, guionistas de cine, radio y televisión (íd.).

Es natural suponer que uno de los puntos centrales que debatieron los integrantes de la comisión organizadora se refería a la estructura de funcionamiento que sostendría el nuevo ente cultural. Es claro que aquella estructura fue ideada por académicos, sólo profesionales del área podían estar atentos a argumentos como los que desarrollaron en las «Consideraciones generales» que traje a cuento en el Capítulo V («Venezuela, Latinoamérica y el Caribe»)<sup>54</sup>. Hay un margen de maniobra para suponer que quienes redactaron el reglamento no fueron los mismos que dieron cuerpo al organigrama institucional.

---

<sup>54</sup> Como el número de centros de estudios dedicados a Latinoamérica que funcionaban en nuestro continente, por contraste con los consolidados en Estados Unidos y otras regiones del planeta.

Y fue así. En el discurso de instalación del Celarg, Domingo Miliani elogió las gestiones de esta persona que supo interpretar en el reglamento lo fundamental de los planteamientos propuestos por el comité organizador. En determinado momento manifestó su agradecimiento con estas palabras: «... al Doctor (sic) José Carrillo Moreno, Consultor Jurídico, por la celeridad y el compañerismo con que dió (sic) forma legal de Reglamento a nuestras ideas» (Miliani 1975, p. 272).

De manera que el equipo liderado por Carrillo Moreno trabajó en la redacción del reglamento con apoyo en los materiales preparados por los responsables académicos. Pero, puedo lucubrar, la versión recibida no fue la definitiva. Muy probablemente los académicos habían pensado en un primer momento en cuatro departamentos que, finalmente, llevaron a tres<sup>55</sup>. Si nos situamos en ese plano de suposiciones, podemos entender los desencuentros: que un documento hable de tres departamentos y el otro diga que son cuatro. Queda claro que no se había fijado con rigor este punto<sup>56</sup>, como tampoco se había consagrado

---

<sup>55</sup> Recordemos que los departamentos aprobados en la estructura organizativa fueron: Investigación, Taller de Creación Literaria, Docencia y Difusión.

<sup>56</sup> En el boletín *Actualidades* de 1975 se han inclinado por cuatro departamentos: Investigación, Documentación e Intercambio de Información, Docencia y Difusión, Creación Literaria.

la denominación que se daría al área del Celarg encargada de estimular la producción estética, o sea, la parte creativa.

De ahí que durante los días que transcurrieron entre la resolución de julio y la aprobación del reglamento y la estructura organizativa hayan pasado los desencuentros que observo. Esos desencuentros se advirtieron en la cuestión referida a las denominaciones: la estructura organizativa privilegió la fórmula “Taller de Creación Literaria” (para referirse al departamento); el reglamento optó por “Departamento de Creación Literaria” y el director del Centro, Domingo Miliani, apeló a la fórmula “Departamento de Extensión Literaria”. Pero, en realidad, y más allá del nombre, todos tenían claro de qué se trataba. Un lugar de encuentro, discusión y estímulo al trabajo de producción creativa.

Indiscutiblemente esta apuesta con la que se comprometía el Celarg generó entusiasmo. Se aprecia en la información de prensa: querían saber cómo funcionarían aquellos talleres, llamaba la atención que se pagara a los participantes por escribir y, además, que la misma institución convocante publicara el resultado de sus trabajos. Una novedad nacional, sin duda alguna.

En tiempos recientes, una nota aparecida en *Critiarte* planteaba que la novedad de los talleres literarios

llegó desde México. Sostenía Freddy Sánchez<sup>57</sup>, autor del comentario, lo que copio en estas líneas: «El primer taller literario del Celarg comenzó a funcionar en 1975, cuando era director del centro Domingo Miliani. La idea la trajo Zea de México y Miliani, junto a Oswaldo Trejo, fue el gran propulsor de los talleres» (1986a p. 15).

Atina Sánchez en lo referido al modelo que sirvió para la instalación de esos talleres. Lo había manifestado Domingo Miliani en la declaración que dio a *El Nacional* el 19 de septiembre de 1974, y que recordamos párrafos atrás; en sus palabras, ese departamento de creación «va a funcionar en forma parecida al Centro Mexicano, al servicio de los jóvenes escritores». De manera que sí: el modelo lo tomaron de la UNAM. En ese momento también sostuvo el recién estrenado director del Celarg –como sabemos– que Salvador Garmendia sería el encargado de dirigirlo.

A partir de lo dicho, podemos decir que no se ajusta a los hechos el énfasis que apunta a Oswaldo Trejo como impulsor de los talleres. La información de la que disponemos demuestra que, en un comienzo, fue Garmendia quien ejerció las labores de coordinación de ese departamento, por lo tanto fue él quien brindó su entusiasmo al desarrollo de esta

---

<sup>57</sup> Después de Oswaldo Trejo, dirigió los talleres Eugenio Montejo; a este último siguió Freddy Sánchez.



iniciativa<sup>58</sup>. Su desempeño queda registrado en el boletín trimestral que salió bajo el título de *Actualidades*<sup>59</sup>. En el primer número de aquel boletín leemos en la página 9 este título: «Salvador Garmendia coordinador del departamento de creación literaria» y, a continuación, los pasos que adelantaba para echar a andar con buen pie ese ejercicio novedoso en el país, el que presentaban con «carácter eminentemente experimental».

Se anunciaba en esos renglones que el departamento iniciaría en 1975 –el año que recuerda Sánchez– y que contaría con tres unidades: narrativa, ensayo y crítica, y poesía. También daban los nombres de los orientadores de cada taller: Alfredo Armas Alfonso y Adriano González León alternarían en narrativa<sup>60</sup>; Francisco Rivera era el encargado de ensayo y crítica; y, en poesía, se eligió a Ludovico Silva. La selección de los responsables de cada taller fue, sin lugar a dudas, decisión del coordinador del departamento, de Salvador Garmendia. Fue su aporte de ese año de 1974 en el área que le correspondía.

---

<sup>58</sup> A su vez, formaba parte del consejo directivo del Centro y, desde esa posición ventajosa, tenía amplio margen de manobra para la tarea que se le encomendó.

<sup>59</sup> El boletín trimestral *Actualidades* fue la primera publicación que llevó pie de imprenta del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos. El primer número muestra fecha octubre-diciembre de 1974; el segundo, enero-diciembre de 1975.

<sup>60</sup> Pero en la contraportada interior de los primeros títulos de la serie se expresa que Alfredo Armas Alfonso fue el único asesor de narrativa.

El segundo número del boletín *Actualidades*, al incluir la nota titulada «Guillermo Sucre, coordinador de creación literaria» señalaba que era «el cargo que venía ejerciendo Salvador Garmendia, quien ha sido nombrado Agregado Cultural de Venezuela en Italia» (p. 13). Por tal razón, en la página que recoge los créditos institucionales del primer número de *Araisa* –el anuario de 1975– está el nombre del autor de *La máscara*, la transparencia como coordinador del citado departamento. Posteriormente –también en el número inicial de otra de las publicaciones periódicas de la Casa, la revista *Actualidades* (que sustituyó en 1976 el boletín trimestral del mismo nombre)– encontramos a Oswaldo Trejo al frente de los talleres.

Desde luego, no podía faltar la colección dedicada a recoger la producción de los talleristas. Con tal propósito nace “Voces Nuevas”, para acopiar con periodicidad anual los resultados de los grupos de trabajo. La resolución del diseño hizo alarde de buen gusto: fue concebida por Alirio Palacios. Siendo tres talleres, se imprimieron tres series; en cada una de ellas se decidió numeración continua en la cadena de títulos. Los primeros impresos de la colección cubrieron el lapso 1975-1976 y, cuando vieron la luz, en el pie de imprenta no se leía Inciba sino Conac (Consejo Nacional de la Cultura) al lado del Celarg.

El primer número de los títulos de poesía fue *Esta ciudad mi sangre*, de Ramón Ordaz; el segundo, *Muy a*

*mi pesar*, de Alejandro García Pérez; el tercero, *Dibujos de la sombra*, de María Clara Salas; el cuarto, *Contra el aire*, de Edda Armas y, el quinto, correspondió a Luis Sutherland, con *Relación de un pasajero oculto*<sup>61</sup>. En lo que concierne a narrativa, *Andamiaje*, de José Gregorio Bello Porras, llevó el número 1; *Sol de la calle el sol*, de Josefina Jordán, el 2 y, el 3, *Me pareció que saltaba por el espacio como una hoja muerta*, de Armando José Sequera. En ensayo no hubo publicación ese año. Esto último quiere decir que los participantes no cumplieron con el requisito de entrega final de sus aportes<sup>62</sup>.

Para el funcionamiento administrativo del departamento se contemplaron tres tipos de participantes. El primero estaba pensado para escritores inéditos, era el cupo mayoritario y correspondía a la llamada “beca de promoción”; la segunda era la “beca de creación” y se concibió para el aspirante que tuviera «por lo menos un libro publicado»; la tercera se denominó “bolsa de trabajo” e iba dirigida a «un escritor cuya obra haya tenido una significación y un respaldo crítico que testimonien su valor» (*Actualidades*, 1974, N° 1, p. 10). Todos debían entregar un libro al final del lapso (que era de un año, prorrogable a dos).

---

<sup>61</sup> Los cuatro primeros números no presentan fecha de impresión, el número 5, de L. Sutherland, viene datado en 1978.

<sup>62</sup> Una década más tarde el director del departamento, Freddy Sánchez, reconocía: «Solamente el cuarenta por ciento de los talleristas entrega una obra final» (1986b, p. 15).

Aunque en el primer llamado a concurso se ofrecían 15 becas de promoción, en realidad se otorgaron 21, es decir, se concedieron 7 por cada sección (*Actualidades*, 1975, N° 2. p. 14). A su vez, se eligieron 4 para las becas de creación y 2 para las bolsas de trabajo. Es decir, para 1976 la institución tendría 27 libros. Pero en el registro que mostré, hemos comprobado que sólo se presentaron (o se aprobaron en la evaluación final) 8 títulos. En ese registro la mayoría era del grupo de las becas de promoción; sólo Ramón Ordaz estaba registrado en la fila de las becas de creación. Ninguno de los dos participantes de las bolsas de trabajo cumplió con el compromiso contraído.

El siguiente grupo de talleristas –en el periodo 1976-1977– contó con la oferta completa de opciones que se prometió en 1974. Para cumplir con la dinámica propia de este tipo de reuniones, fueron asesores de taller los siguientes escritores: Antonia Palacios, narrativa; Alfredo Silva Estrada, poesía; Tomás Eloy Martínez, ensayo; Elizabeth Schön, textos teatrales; Carlos Rebolledo, guiones de cine y televisión, y Carlos Izquierdo, guiones radiales.

Desde el inicio se planteó que la convocatoria para los talleres se hiciera en forma pública. Así mismo, se propuso que los postulantes fueran evaluados y un jurado *ad hoc* seleccionara los integrantes de cada sección. Así se ha continuado haciendo hasta el presente.

Las primeras entregas  
del Premio Internacional  
de Novela Rómulo Gallegos

Quedó recordado en el capítulo «Leopoldo Zea» que, en 1964, se decidió convocar a un concurso internacional que colocaba el énfasis en la novela. Al año siguiente fue público el llamado a los escritores para que presentaran sus obras. La retribución en metálico montaba a 100.000 bolívares (22.223 dólares estadounidenses aquel entonces), medalla de oro y diploma.

No será necesario que me detenga a recordar los nombres de los autores y las obras propuestas, pues ese trabajo ha sido adelantado por el departamento de información y documentación del Celarg. Ciertamente, en 1995 se inicia la Colección Documentos, cuya entrega indicada con el número 1 se titula *Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos. Trayectoria de un premio*.

En la «Presentación», que firma la profesora Amaya Llebot Cazalis, se da cuenta del propósito que llevó a esta oportuna publicación. Con esta pieza impresa se cumplió el propósito de compilar los documentos imprescindibles para seguir la trayectoria (como se indica en el título) a este premio que otorga el Estado

venezolano. Los textos fundamentales reunidos aquí son los siguientes:

- 1) Decreto gubernamental (en el momento de su creación o cuando hayan [sic] habido modificaciones que así lo exigieran.
- 2) Bases del Premio: convocatoria y jurados correspondientes.
- 3) Breve historia de cada Premio, conforme a las informaciones obtenidas en la prensa nacional del momento.
- 4) Listado [sic] de las novelas concursantes.
- 5) Veredicto del jurado.
- 6) Nota bio-bibliográfica del autor de la novela ganadora.
- 7) Discurso pronunciado por el autor premiado en el acto de otorgamiento del Premio (Celarg 1995, p. 4).

De manera que la existencia de ese material me exime de entrar en particularidades como las referidas en los renglones que he transcrito. Más bien me voy a detener en aspectos que no son abordados en el título de 1995: las circunstancias nacionales e institucionales que rodearon las primeras entregas del premio.

Es conocido que el primer ganador “del Rómulo Gallegos”, como familiarmente se le conoce, fue el peruano Mario Vargas Llosa con *La casa verde*.

De acuerdo con el Decreto N° 83, firmado por el Presidente de la República, Raúl Leoni, el 1° de agosto de 1964, fue el escogido ese 2 de agosto para el acto oficial de premiación. La data apunta al día natalicio del autor de *Doña Bárbara*.

El escritor peruano llegó al aeropuerto de Maiquetía la noche del 1° de agosto. Fue recibido por Simón Alberto Consalvi, José Ramón Medina, Oscar Escalona Oliver, y «personas amigas del escritor laureado». La nota periodística concluía diciendo: «Vargas Llosa subió inmediatamente a Caracas, donde permanecerá quince días» (*El Nacional*, 2 de agosto de 1967, Cuerpo A, p. 1).

Seguramente el escritor nacido en Arequipa ya estaba enterado de la terrible tragedia que había afectado a Venezuela, sobre todo a Caracas. Se recordará que el sábado 29 de julio de ese año, día de Santa Marta, un terremoto estremeció la ciudad y dejó la más viva expresión de muerte y destrucción. Todavía el 2 de agosto, el fijado para la entrega del premio, muchas personas resistían el regreso a sus hogares.

De manera que cuando el autor de *La casa verde* llegó a Maiquetía asimiló la noticia de que el acto de premiación, pautado para el día siguiente de su arribo a Venezuela, había sido suspendido. No podía ser de otra manera, pues las autoridades y personal de todos los organismos públicos estaban volcados a atender las emergencias de distinta naturaleza que se

iban presentando. De hecho, había sido decretado duelo por cinco días, el que concluía el viernes 4 de ese mes.

Por añadidura, diversas instituciones culturales del país estaban comprometidas con el desarrollo del XIII Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana desde el año anterior. De manera que el profesor Pedro Díaz Seijas –según lo visto en el capítulo «Leopoldo Zea»– no era el único responsable del evento académico. Hay más: dos de las tres personalidades destacadas para recibir al autor de *La casa verde* en Maiquetía eran rostros visibles en el encuentro de intelectuales. José Ramón Medina, amén de ser el secretario de la Universidad Central de Venezuela, fungía de presidente del comité organizador; Oscar Escalona Oliver, era el encargado del departamento de prensa del XIII Congreso; por su lado, Simón Alberto Consalvi asistía en su condición de director del Inciba. A los diversos compromisos propios de esa convivencia de latinoamericanistas, se sumaban las ofertas de variado tipo que tenían protagonismo en ese año de celebración cuatricentenaria de la ciudad de Caracas.

Por lo que toca al congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana (IILI), el doble estatuto de J. R. Medina como presidente del encuentro de intelectuales y secretario de la UCV explica que las salas C y E de la biblioteca de esta casa de estudios hubieran sido destinadas para la lectura de ponencias. La



actividad lectora y los posteriores debates estuvieron previstos del 4 al 8 de ese mes de agosto.

Una noticia del diario *El Nacional* señalaba: «Trescientos escritores inauguran hoy XIII Congreso de Literatura Iberoamericana». Decían las mismas columnas que Rómulo Gallegos había sido designado presidente de honor del congreso. La reunión de especialistas concluiría el domingo (4 de agosto de 1967, Cuerpo C, p. 11); pero, en realidad, la clausura tuvo sello el lunes 7 en el Ateneo de Caracas. En esa oportunidad se anunció que el jueves por venir, 10 de agosto, sería el acto protocolar con Vargas Llosa como figura central.

Los organizadores han debido tratar con el autor de *La casa verde* para exponerle que, de realizar dos actividades de tanta significación en forma simultánea, una de ellas se solaparía a la otra. En este caso, el XIII Congreso ensombrecería la ceremonia de premiación. De hecho, la prensa venía concediendo más espacio a la concurrencia en la UCV, por cuanto se encontraban reunidos en Caracas la mayor suma de intelectuales especializados en la literatura del continente y era éste un encuentro singular por muchas razones. En ese contexto, un premio que nacía aún no generaba mayores expectativas. Es evidente que el peruano escuchó razones.

Otro factor que favoreció la decisión de posponer la ceremonia con el escritor laureado como figura central, estuvo en el hecho de que el visitante había

previsto un viaje de quince días a Venezuela. De manera que no tenía compromisos inmediatos, por esa razón podía esperar un momento más propicio para recibir el galardón. De hecho, tuvo tiempo para asistir a sesiones del congreso de intelectuales, tomar la palabra en el acto de clausura de esta reunión y visitar al maestro Gallegos en su casa de habitación en ocasión de su octogésimo tercer cumpleaños<sup>63</sup>.

Finalmente el jueves 10 de agosto se dio el evento esperado por todos. Fue escogido el auditorio del Museo de Bellas Artes como sede del acontecimiento<sup>64</sup>. Se fijó las seis de la tarde como hora indicada para el inicio de la ceremonia. Señalaba una noticia de prensa «que debido a los recientes y dolorosos sucesos ocurridos en Caracas, se celebrará dentro de una sencilla austeridad» (*El Nacional*, 8 de agosto de 1967, Cuerpo C, p. 7).

---

<sup>63</sup> Recuerda Sonia Gallegos un detalle de esa visita: las risas cómplices entre el maestro y el joven escritor cuando el primero propuso «repartirse el premio». Por cierto, acompañaron ese día al autor de *Canaima* el Presidente de la República, Raúl Leoni, y su esposa Carmen Fernández de Leoni (o doña Menca, como se la llamaba con sobradas muestras de cariño).

<sup>64</sup> Un aviso del Inciba (*El Nacional*, 2 de agosto de 1967, Cuerpo C, p. 14) participaba el aplazamiento de los actos destinados a entregar el premio y apuntaba que la actividad estuvo programada en un comienzo «para la noche de hoy en el Teatro Municipal». Otra posible sede que se planteó esos días fue el Palacio de las Academias (*El Nacional*, 8 de agosto de 1967, Cuerpo C, p. 7).

Un hecho destaca en el ceremonial de la fecha, fue una circunstancia que nunca más se repetiría en este tipo de celebración. Me refiero a la presencia del maestro Rómulo Gallegos como la persona destinada para poner en propiedad la medalla, diploma y cheque al escritor galardonado. Recordemos que nuestro prestigiado escritor fallecería poco tiempo después, el 5 de abril de 1969.

Con una separación de cinco años, se produjo la segunda jornada de premiación. Esta vez tocó el mérito a Gabriel García Márquez con *Cien años de soledad*. Corría el año de 1972. En esta ocasión pareció quedar sembrada la idea de que el premio estaba llamado a suscitar intranquilidades.

Todavía se recordaba el discurso de Vargas Llosa en 1967, cuando optó por dar su apoyo a la Revolución Cubana y no dejar pasar la oportunidad para enjuiciar al «imperio que la saquea» (1995, p. 24), cuando llegó el luminoso hijo de Aracataca.

Desde el comienzo llovieron las críticas y objeciones. La primera de ellas tuvo que ver con el arribo a Venezuela del escritor colombiano. La visita en 1972 del consentido de las musas estuvo marcada por otro ritmo. La objeción saltó desde *El Nacional* en las gacetillas culturales que titulaban «Las cosas suceden». Allí se leía:

La desorganización que el Inciba demostró en cuanto a la hora de llegada del escritor García Márquez

a Caracas, en el día de ayer, es verdaderamente deprimente. Mientras altos ejecutivos del Inciba aseguraban que el escritor colombiano estaba escondido en nuestra capital desde las 6 a.m. de ayer, García Márquez estaba volando y no arribó hasta las 11 a.m. de ese mismo día. Por todos conceptos, es lamentable que la seriedad que se espera del Inciba, no estuviera en esta oportunidad a la altura de la confianza que la prensa le ha proporcionado (3 de agosto de 1972, Cuerpo C, p. 18).

Es decir, García Márquez llegó a Caracas el mismo día que recibía el premio de novela. En esta ocasión la reunión pública tuvo lugar «(e)n el escenario del Teatro París, sala recién alquilada por el Inciba para sus espectáculos». Para el momento, Alfredo Tarre Murzi estaba al frente de aquella institución y fue la persona destinada para entregar la medalla, diploma y cheque por valor de 100.000 bolívares (U.S.\$ 22.223).

¿Podía el autor de *Cien años de soledad* obtener ese premio y no dar de qué hablar? Imposible. El reclamo periodístico referido a la hora de llegada al país quedó como pálido reflejo ante otro acontecimiento que, esta vez sí, conmocionó el mundo intelectual venezolano. No se trató del discurso que, por imposición ceremonial, tuvo que dar ante el público reunido en el teatro. El somatén tampoco se produjo cuando estampó un sonoro beso al cheque que recibió en el Teatro París. El desmadre surgió cuando el colombiano decidió donar

la totalidad del monto recibido al partido político registrado como Movimiento al Socialismo (MAS).

Sería motivo de una larga exposición recoger las derivaciones que tuvo aquella acción del artífice de *Cien años de soledad* en aquel tiempo. Baste decir, por lo pronto, que en pleno debate y cruce de argumentos, el escritor salió del país al cabo de pocas horas contadas desde su arribo. En esta ocasión no hablamos de quince días de estada venezolana, como fue el signo que marcó Vargas Llosa, pues el hijo de Aracataca tomó el avión que lo alejó de Venezuela el 4 de agosto<sup>65</sup>.

Todo había vuelto a la calma cuando, en 1977, el jurado otorgó el galardón al mexicano Carlos Fuentes por *Terra nostra*. En este momento no fueron las comedidas maneras del autor y su agradable sonrisa las que dieron de qué hablar. Fue esta la circunstancia en la cual la novela, y no su autor, estuvo en el centro del debate.

Nadie mejor que Gamma recogió el sentimiento mayoritario cuando, en su columna «Cuenta de libros», copiaba la serie de adjetivos que rodaban en el ambiente para calificar la voluminosa pieza de ficción. Señalaba el columnista que «"pasticho", "potpurri", "colcha de retazos", "sancocho", "ensalada"...

---

<sup>65</sup> La noticia que habló de su partida en «Sobre la narrativa de hoy conversarán esta noche en el Ateneo escritores y críticos» (*El Nacional*, 3 de agosto de 1972, Cuerpo C, p. 18).

son términos que se han aplicado, con evidente intención peyorativa y descalificadora a *Terra Nostra*» (*El Nacional*, 2 de agosto de 1977, Cuerpo C, p. 17).

Sin embargo, los comentarios negativos cesaron, debido a una serie de hechos que contribuyeron a variar la opinión en el ambiente cultural. De un lado, la asistencia del Presidente de la República al acto ceremonial. Sin duda, era una novedad la presencia de la primera figura del Poder Ejecutivo en este tipo de protocolo.

La jornada de premiación, pauta para las ocho de la noche del 2 de agosto en el Museo de Bellas Artes, ganó en proyección y peso institucional desde el momento que lo presidió el presidente Carlos Andrés Pérez. No cabían inseguridades al señalar que el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos era un galardón que se asociaba de manera inmediata con el Estado venezolano.

Otro factor determinante que se debe destacar tiene que ver con la composición del presidium. Desde luego, los representantes oficiales que encabezaron el ceremonial imprimieron un sello de jerarquía mayor al galardón. En efecto, este año de 1977 no se encontraban funcionarios de rango menor, sino miembros de alta figuración en la administración central. Además del presidente, tomaron los asientos de honor Simón Alberto Consalvi, canciller; José Luis Salcedo Bastardo, ministro de Cultura; Carlos Rafael

Silva, ministro de Educación y, como nota emotiva, Sonia Gallegos, la hija del maestro. Se abrió el acto con las palabras del Dr. Luis García Morales, presidente del Conac; seguidamente el presidente Pérez entregó el diploma y el cheque; Carmelo Lauría, ministro de la Secretaría de la Presidencia, impuso la medalla, y cerró el acto el discurso del visitante.

A propósito de la última intervención que menciono en el párrafo precedente, contribuyó a sumar simpatías favorables a Carlos Fuentes la pieza oratoria que leyó esa noche del 2 de agosto. La prensa no vaciló en calificar su intervención como «un magistral discurso que provocó repetidas ovaciones del público»<sup>66</sup>.

Cerrado el acto formal y, después de algunas entrevistas que concedió el escritor, amén de uno que otro análisis o acercamiento a *Terra nostra*, todo volvía a la normalidad. Nacía la expectativa para la venidera estación dedicada al Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos.

Corre otro quinquenio. Ahora nos situamos en 1982. Llegó el momento de los agasajos y reconocimientos para otro mexicano ganador, Fernando Del Paso,

---

<sup>66</sup> En la nota que titula con una frase tomada del discurso pronunciado por el mexicano «Fuimos y somos un continente para la leyenda y la invención» (*El Nacional*, 3 de agosto de 1977, Cuerpo D, p. 11).

autor de *Palinuro de México*. Nuevamente habría lugar para la polémica. El argumento surgió por cuanto en dos oportunidades consecutivas el jurado decidió privilegiar la obra de escritores provenientes de idéntico lugar de origen. A tal propósito, en su prestigiada columna «Así lo vi yo», RAS<sup>67</sup> calificó esta cuarta edición del premio en términos de «batacazo», ante la circunstancia de haber repetido el mismo país<sup>68</sup>.

Si se había retrasado el acto de entrega del diploma, la medalla de oro y los Bs. 100.000 en 1967, una circunstancia similar se produjo en esta fecha. Pero debe decirse que, en 1982, el impedimento no derivó de una tragedia sino de un compromiso que debía cumplir el Presidente de la República. Parecía que se iba tornando práctica habitual que fuera la primera figura del Ejecutivo quien encabezara el acto de premiación en nombre del país convocante.

Lo cierto es que el presidente Luis Herrera Campíns había recibido desde tiempo atrás la invitación del gobernador general de Jamaica, sir Florizel Glasspole, para los actos conmemorativos del vigésimo aniversario de la independencia de esa isla. Los

---

<sup>67</sup> RAS fue la firma periodística de Eduardo Robles Piquer (1910-1993), quien mantuvo colaboración en el diario *El Nacional* durante varias décadas.

<sup>68</sup> RAS, «El 4º Premio Rómulo Gallegos» (*El Nacional*, 5 de agosto de 1982, Cuerpo A, p. 6).



periódicos del lunes 2 de agosto señalaban que el primer mandatario, su esposa e hijos salían a las siete de la mañana de ese día y regresarían entre nueve y diez de la noche. Siendo así, era imposible la celebración de la ceremonia en la fecha natalicia del escritor que daba nombre al premio.

Al tomar en cuenta los hechos mencionados, se explica que en esta oportunidad la ceremonia se programara para el 3 de agosto. Sin embargo el público estaba impaciente. Una noticia aparecida en *El Universal* bajo el título «Hoy recibe Fernando Del Paso el Premio “Rómulo Gallegos”» comenzaba así: «En un acto que contará con la presencia del Presidente de la República, hoy, a las 7 de la noche, en la sede del Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos” Fernando Del Paso recibirá por fin el premio internacional de novela otorgado a su obra *Palinuro de México*» (3 de agosto de 1982, Cuerpo 4, p. 1).

Los renglones que he mostrado invitan a ensayar una que otra glosa. En primer lugar, el Presidente quiso encabezar el acto, razón por la cual hubo que esperar su presencia en Caracas; en segundo lugar, había expectativa, puesta de manifiesto en la expresión “por fin” que se utiliza en la nota de prensa; en tercer lugar, era la primera vez que el acto se celebraba en la sede de la institución que lleva el mismo nombre del premio. En este caso esa sede seguía siendo la casa donde había comenzado a funcionar el

Celarg desde 1974.

Recordemos que ese lugar era el que un periodista había calificado el 19 de septiembre de 1974 (cuando se instalaba el Celarg) como «incómodo e inoperante para la solemnidad que el caso requería». Pero lo significativo del hecho es que el premio llegaba finalmente, y por derivación natural, a la institución llamada a cobijarlo: la que compartía con él idéntica denominación.

Cuando el argentino Abel Posse recibió el Rómulo Gallegos en 1987 por *Los perros del Paraíso*, ya el Celarg funcionaba en la sede actual. Hemos observado anteriormente que la edificación fue erigida en el lugar donde estuvo la última residencia del maestro. Recuerda Sonia Gallegos que, por cuanto el terreno no era suficiente para dar cobijo a la estructura que se quería, el Estado debió adquirir mayor porción del suelo aledaño.

En esas instalaciones, puestas a funcionar desde hacía poco tiempo, se dio la ceremonia de rigor. De los dos auditorios disponibles, se eligió el señalado con el número 1 para el acto correspondiente. Ese día, alrededor de las 11:30 de la mañana, se inauguró el Museo Rómulo Gallegos en la planta baja del edificio. A continuación, los asistentes pasaron al lugar ceremonial.

La fecha fijada para la cita literaria, el Presidente de la República, Jaime Lusinchi, no se encontraba en

el país. Había cumplido visita oficial de cuatro días en México y, posteriormente, optó por valerse de un par de días más en tránsito privado por Los Angeles (*El Nacional*, 2 de agosto de 1987, Cuerpo A, p. 1).

Esa ausencia explica que haya sido el presidente encargado, José Ángel Ciliberto, el llamado a presidir el ceremonial de costumbre. La prolija información proporcionada por *El Universal* (3 de agosto de 1987, Cuerpo 4, p. 1), además de referir datos sobre la nueva sede del Celarg, la instalación del museo que resguardaba (y resguarda) los instrumentos de trabajo de don Rómulo Gallegos, daba cuenta del cheque que, ahora, montaba a 200.000 bolívares.

Con esta quinta entrega, el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos cumplía 23 años. Dos elementos quiero destacar en este momento. El primero de ellos se deriva de las palabras con las cuales Abel Posse inició el discurso del día: «Creo que pocos Premios Literarios podrían honrarnos más que el Rómulo Gallegos: es nuestro Premio por antonomasia, el mayor galardón de las letras latinoamericanas» (Celarg 1995, p. 93).

No se oculta el prestigio internacional que había consolidado "el Rómulo Gallegos" en periodo veinteañero. Es la referencia cultural más destacada para este tipo de estímulo en lengua castellana. Ese prestigio, sin ningún género de dudas, lo mantiene hasta el presente.

El segundo elemento que quiero destacar es el que apunta a la periodicidad de la convocatoria. Ese año se decidió que, en lo sucesivo, la concurrencia de los aspirantes a obtener el premio sería bienal. También esa decisión se mantiene hasta la fecha.

He arribado, pues, al momento que me interesaba enfatizar: en primer lugar, fue el año 1987 cuando queda refrendada una periodicidad de dos años para efectuar la convocatoria de rigor y, en segundo lugar, el instante en el que el actual recinto del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos y el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos se encuentran y hermanan. Ante los hechos consignados, cierro este rápido recuento del galardón novelístico que auspicia el Estado venezolano.

En esos meses de instalación del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, se venía concibiendo la idea de organizar una colección fundamental de libros producidos en América Latina; tal concreción vino a materializarse en septiembre de ese año con el nombre de Biblioteca Ayacucho. De manera que por dos ángulos venía recibiendo el presidente venezolano información relativa a la urgencia de dar cuerpo a movimientos y acciones culturales en búsquedas integracionistas. Las resoluciones para la puesta en marcha de ambas instituciones se expresaron con pocos meses de diferencia: el Celarg en julio, como quedó consignado; Biblioteca Ayacucho, en septiembre.

El coloquio de 1974 nos muestra otros retos del momento. Sirva como ilustración de lo dicho la ansiosa intervención de Arturo Ardao en el coloquio llevado a efecto aquel 20 de septiembre al señalar:

Acontece que, en toda el área de la comunidad latinoamericana, no existe una sola capital, que tenga una biblioteca o un conjunto de bibliotecas que, por sí mismas, puedan dar satisfacción a necesidades o requerimientos en el orden de consulta bibliográfica

por parte de los estudiosos, cuando se trata de encarar determinados temas en una visión, en un enfoque de carácter continental (*Araisa* 1975, p. 260).

Y continuaba:

Entonces, pienso yo (...) que una de las tareas más importantes que podría hacer el Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos” –que con tantas esperanzas estamos en estos momentos participando en su instalación, fundación– una de las cosas más importantes que podría hacer, sería la organización, el establecimiento –desde luego que, con la colaboración a que tendrían que comprometerse todos los países latinoamericanos–, de una gran Biblioteca Latinoamericana, a instalarse en Caracas. Pienso en Caracas, porque pienso que [de] todas las capitales de toda la comunidad latinoamericana, por un conjunto de razones históricas, geográficas, está tal vez en las mejores condiciones para ser el Centro de esa gran biblioteca (*ibíd.*, pp. 261-262).

¿No vale la pena sentarnos a pensar en la viabilidad del esperanzado planteamiento de Arturo Ardao? Sobre todo tiene sentido la exigencia del maestro uruguayo, cuando contamos con mecanismos para la reproducción de materiales impresos mucho más expeditos y que, definitivamente, dejan atrás el microfilm, la fotocopia y el xerox de aquellos tiempos.

Es cierto que no podemos empezar con ambiciones informativas referidas a todos los campos de las

ciencias sociales. Pero el Celarg puede explotar, cuando menos, un inmenso reservorio documental del cual dispone y que, pongo en duda, pueda existir en otra biblioteca del continente. Me refiero a las obras que han concursado en el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos. Ese premio merece un estudio especializado, que valore esas piezas, sus líneas e inflexiones centrales, su procedencia geográfica, sus valoraciones de mundo. Habría que alimentar ese reservorio con los estudios que se han hecho al respecto. Es una manera de cumplir con lo que ambicionaba Ardao, aspiración que, desde luego, todos guardamos en nuestro interior: poder instalarnos en un lugar y encontrar allí todo lo que necesitamos (tanto la bibliografía activa, como la pasiva). Esto que propongo puede ser ejecutado con un presupuesto mínimo, basta los contactos para recibir los materiales en PDF.

Un elemento que destaca en ese entusiasmo de 1974 tiene que ver, en líneas generales, con la idea de una América Latina homogénea. En tiempos actuales sabemos que el abordaje continental a partir de su diversidad (donde aplica, desde luego, la categoría de heterogeneidad) nos resulta más legítimo. Ahora ha quedado en evidencia que todos los sujetos sociales reclaman su inserción histórica en el espacio geográfico que les ha correspondido habitar. Ya no satisface una noción de cultura que representa a un sector (el más

reducido, por cierto) que se ha arrogado la representación del conjunto. Siendo así, ese sector hegemónico que se ha caracterizado por rasgos que lo particularizan como hombre, letrado, blanco, heterosexual, cristiano, propietario, ha logrado por mucho tiempo ignorar a los otros sujetos y manifestaciones culturales que conviven con él en un mismo espacio/tiempo.

Hace cuarenta años no había ganado interés la declarada atención a esos otros actores: mujeres en su amplia diversidad, y protagonistas que ya no son letrados, ni heterosexuales, ni cristianos, ni propietarios. Para ilustrar nuestra demanda de estudios, suelo considerar el caso de una persona adulta que descubre su condición de hijo adoptado. De inmediato quiere saber de sus orígenes, busca afanosamente a los padres biológicos y esa búsqueda se convierte en una demanda constante hasta tanto no la satisfaga.

Sirva lo dicho para ilustrar lo que experimenta un sujeto que no ha conocido suficientemente el linaje que le precede. Si se le vincula con sus antecedentes, si se le fijan las conexiones con un pasado que sigue activo en él o ella (pero que no ha logrado aflorar de manera consciente), si se le dibuja el hilo conductor de su propia historia, tendrá arraigo. No adherirá la mentalidad de los advenedizos nunca más. Sabrá, por ejemplo, que sus manifestaciones culturales por la vía de la oralidad son tan legítimas como las que adoptan la forma de la escritura.



Pero, para cumplir esas tareas que apunto, hay que hacerse asiduos de archivos y bibliotecas. Es verdad que existe un canon y que, para muchos, ese canon satisface. Es decir, hay un conjunto de obras a las que nos hemos habituado a ver como la expresión acabada (cerrada) de lo cultural. Pero muchos teóricos nos han advertido que también la consolidación del canon responde a un criterio, y ese criterio es expresión ideológica de los sectores hegemónicos. Siendo así, otras muchas piezas son subestimadas y quedan en el olvido.

En su desempeño crítico –y es muy obvio en literatura–, quienes cultivan esta opción toman las obras conocidas a las cuales aplican la metodología analítica que esté de moda. Vemos así a un Rómulo Gallegos, por citar un caso, leído desde la estilística, la psicología, la siquiatria, la carnavalización, y así sucesivamente. De esta manera queda la evidencia de que las mismas piezas se reciclan según sea el aparato crítico al uso. ¿Qué es lo que debemos hacer? Lo dije: una de las tareas, enriquecer el corpus de obras para buscar otras voces. Otra: fijar el perfil del tipo intelectual que se definió en cada período histórico; examinar la función del libro<sup>69</sup>, los circuitos de intercambio del producto cultural, la consolidación del público

---

<sup>69</sup> Que en otros campos plantean lo propio con la función del historiador, el sociólogo, politólogo, etc., etc.

receptor, etc. son tareas urgentes que debemos enfrentar. Y son tareas viables. Obviamente, también hacer lo equivalente con la producción estética de circulación oral.

Era el año 2008 cuando intervine en los actos limeños para conmemorar el octogésimo aniversario *de la publicación de los 7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, de José Carlos Mariátegui. En aquel momento creo haber demostrado que el propósito del autor en el séptimo de sus ensayos, el que tituló «El proceso de la literatura», no fue hacer historia literaria, como la mayoría (por no decir todos) los estudiosos han visto. Fue su intención invitar a releer el canon literario del Perú, ese canon, pensaba el autor, había sido orientado a demostrar la preeminencia de lo que llamó el «espíritu» de la Colonia en el Perú (la tradición hispánica). De lo que se trata, a partir de esa propuesta, es de leer esas mismas obras para determinar en ellas el espíritu liberador, indígena, de esa literatura (la tradición de las culturas originarias). Una tarea similar hay que ejercitar en estos tiempos, también se trata de releer el canon para fijar la mirada en esos sujetos disímiles, diversos, que han sido representados en nuestra historia cultural. Esa es otra tarea.

Para ello, hay que ir a los archivos, a las disímiles fuentes (libros de variada índole, folletos, hojas sueltas, periódicos y revistas, manuscritos de diversa procedencia: cartas, diarios, juicios, informes, etc.) a fin

de dar con esos múltiples actores en desempeño protagonista. Mi experiencia en esas tareas me ha demostrado que, cuando menos en Venezuela, el cuerpo de obras que nos son familiares es muy escueto. Ese índice merece ser ampliado pues existen (como es sabido) manifestaciones escritas que no han sido tomadas en cuenta. Ni que decir de las referencias a la oralidad que nos son, prácticamente, desconocidas, porque aunque sorprenda a algunos, también la oralidad se nos cuele a través del papel impreso<sup>70</sup>.

Esas búsquedas contribuirán al desarrollo de los estudios literarios y culturales en Venezuela (estudios culturales en la tradición latinoamericana y no en la reciente formulación de raíz anglosajona<sup>71</sup>) con la mira puesta en el diálogo con otros escenarios de nuestra región. Se trata de traer a la memoria nuestra tradición, para relacionarla con las prácticas continentales que le son similares. No está de más recordar en este momento que nuestro país es uno de los pocos en todo el continente que carece de una historia general de su propia literatura. Esta ausencia de discursos historiográficos referidos al campo de las

---

<sup>70</sup> Lo muestro en mi libro de 2013, donde pude dar con canciones de la etapa de emancipación política, ausentes de los estudios sobre la literatura de esos años.

<sup>71</sup> Una recuperación de nuestra historia cultural (opuesta a la que se afilia a propuestas de procedencia inglesa) en Raúl Bueno Chávez, fundamentalmente en su avanzada de 2010.

letras no debe atribuirse a una incapacidad propia del pensador venezolano, sino a la poca familiaridad con las fuentes documentales que le faciliten la tarea. Al acudir a esas fuentes será más expedita la demanda que lleva a la revisión de nuestra actividad estética pero, además, a la reflexión teórica, histórica y crítica. Tengamos presente que, por tener extremadamente recortado el canon de nuestras letras, nos resulta (y resultará) improbable encontrar la continuidad de los procesos porque hay muchos eslabones ausentes.

De forma tal que, a partir de lo dicho, el tránsito por el continente no anula las exploraciones y búsquedas de alcance nacional. Por el contrario, me persuado de que para una cabal indagación de la totalidad latinoamericana, el apoyo debe situarse en los variados ejes nacionales y regionales. Sé que muchos colegas no comparten esta idea. Insisten, más bien, en acercarse a lo que consideran la totalidad latinoamericana. Pero al respecto no puedo dejar de advertir que esa aproximación al todo siempre será insatisfactoria porque, necesariamente, tendrá que ignorar los escenarios domésticos que hayan profundizado poco en el estudio que se esté abordando con miras continentales.

A partir de lo dicho, voy a detenerme en una pregunta que suelen hacerme. Ésta es: ¿cómo proceder?

Y, los más osados, ¿para qué el Celarg? ¿Por qué mantener una institución como ésta en estos tiempos? ¿Qué utilidad genera su preservación? Aquí la respuesta es sencilla. Lo primero que debemos hacer es preguntarnos si América Latina existe. Por lo que a mí concierne, la respuesta es enfáticamente afirmativa. Pero sé que muchos la niegan. Siendo así, si no existe, ¿para qué estudiarla? De manera que ese es el primer punto que debemos resolver. Lo que destaco es señalado en la «Presentación» de un libro publicado por esta institución recientemente que comenzaba por poner en evidencia esta actitud dubitativa:

América Latina, si existe –y pienso en intelectuales contemporáneos que, después de doscientos años de independencia, alegan que no (siendo el mexicano Jorge Volpi el más enfático de todos ellos)–, si existe, repito, parece ser de todos los continentes el más conceptualmente inestable (Martin 2013, p. 14).

Entonces, si no existe, ¿cómo estudiar lo que no es? Ahí residen las dudas de esos que formulan las preguntas que recordé. De manera que lo primero que debe hacer un estudiante, un joven profesional, es atacar ese asunto. Buscar una respuesta que dé sentido y orientación a sus búsquedas intelectuales. Debe leer historia, mucha historia, antropología y, en suma, el resultado que arrojan disciplinas sociales en búsqueda similar a la que han propuesto muchos antes que yo. Pero también debe apropiarse de la

literatura que nos expresa, porque ahí verá los constantes esfuerzos por buscar nuestra entidad. Sin embargo, les adelanto que la respuesta ha sido dada. Una de las más atinadas categorías que se han adelantado en los últimos años es la de “diversidad”. A partir de ahí, no busquemos en nosotros la homogeneidad que se pretendía en 1974, admitamos nuestra heterogeneidad (otra categoría que debe validarse). Ese es nuestro signo. Y no debe asustarnos (lo señalo porque a muchos genera temor la aceptación del otro).

Después que admitamos que, ciertamente, existimos, tenemos que resolver cuál criterio vamos a aplicar para juzgarnos. Es decir, cómo abordamos nuestro estudio. Ahí el mecanismo es dialéctico, en la medida en que buscamos nuestras expresiones, que nos reconocemos como sujetos múltiples, vamos estableciendo lo que Pedro Henríquez Ureña y José Carlos Mariátegui, sin conocerse personalmente, propusieron al unísono al final de la década del veinte del pasado siglo: «... construir una tabla de valores en qué apoyar el juicio crítico» (véase Alcibíades 2001). Se juzga, me permito recordar, porque se tiene un criterio (consciente o no) que da soporte a nuestra escala de valoración. Lo deseable es que esa tabla de valores, ese soporte, sea consciente. Al ser consciente no tendremos argumentos para ir en contra de un principio que surge como fondo de esa definición: toda la historia latinoamericana que conocemos ha

sido la lucha de la mayoría contra el poder de unos pocos que no buscan sino anularlos. Por simples razones de equilibrio mental la respuesta nos llevará a inclinarnos a favor de esas mayorías. Esa opción surge como natural, porque nosotros también hacemos parte de esos sectores mayoritarios. Si optas por la minoría en ejercicio de poder, equivocaste la respuesta porque trabajando en el campo que nos concierne, nunca serás poder. Si no te gustan los argumentos que deslizo aquí, piensa qué lugar ocupas en ese 1% que es dueño de toda la riqueza del planeta y tendrás la respuesta que necesitas.

He recordado páginas atrás que, para 1974, se contaban alrededor de 150 centros latinoamericanos en todo el planeta. Una pregunta que, curiosamente, no suelen hacerme, salta de inmediato: ¿por qué existen esas instituciones que nos estudian en otros países? ¿Qué buscan quienes auspician esas investigaciones que toman nuestra producción literaria y cultural como materia prima? Pues bien, cuando menos, hay aquí una doble razón, en primer lugar porque se legitiman como centro de poder intelectual. Algo así como si nos espetaran “tengo autoridad para juzgarte y debes aceptarlo”. Lo terrible es que solemos aceptarlo, les otorgamos valor sustantivo a lo que dicen sobre nosotros sin pensar mayormente en cuán legítimas son las fórmulas que construyen. En segundo lugar, porque nos subestiman.

Probablemente resulte maniqueo lo que voy a expresar, pero lo expongo porque estoy persuadida de ello. Un colega europeo, a quien aprecio enormemente y que es considerado aventajado peruanista –en Europa tanto como en el Perú–, que manifiesta respeto por las culturas que estudia y que está en permanente contacto con esos ámbitos que son de su interés, es presentado en uno de sus libros como «experto en quechua». Dígame alguno de los que me leen y que haya hecho estudios, por ejemplo, en un país anglófono, si se le ocurre presentarse (o a su editor –que, supongo, fue lo ocurrido en este caso que comento– se le ocurre presentarlo) como “experto en inglés”. Sé que usted no procedería de esa manera. Lo sé. Entonces, si aceptamos esos centros que se erigen como poder cultural, no nos detenemos a debatir ninguno de sus signos deformadores: por ejemplo, la tendencia constante a fragmentar un continente (que existe, insisto en ello) departamentalizando el campo donde ejercen su quehacer de letrados. Así, no estudian, entonces, América Latina, sino el área hispana, o la francófona o la anglófona, etc., etc. de esa totalidad. El resultado son pedazos sin conexión entre sí.

Otra pregunta escucho con frecuencia: ¿por dónde empezar? La respuesta nos la ha enseñado la metodología de la ciencia en cualquiera de sus campos de operación. Es imperativo apropiarnos del



legado, o sea, de los aportes previos que han buscado abordar la región, comunidad nacional o continental objeto de nuestro interés. Pero como esa tradición suele ser desestimada, con frecuencia tenemos que irla reconstruyendo. Esa reconstrucción es necesaria para la etapa originaria de América Latina y, casi siempre, para los años de conquista y colonia, pero al arribar al siglo XIX ya encontramos propuestas esclarecedoras que sí están a nuestro alcance. Pero, ¿cuál es la tendencia que se ha hecho habitual? La contraria. Veamos un ejemplo. Un tesista se propone abordar la poesía romántica (porque hubo poetas nuestros que se definieron así, románticos) de Hispanoamérica. De inmediato, devora todo lo que encuentra sobre los románticos ingleses, franceses, españoles y, tal vez, alemanes. Poco se detiene en lo que dijeron los autores nuestros en relación con el producto que ofrecían. De esa manera, garantizo un mal comienzo. Con certeza, un crítico español, inglés o francés, al hablar del romanticismo en sus respectivos países, no se detiene a leer ningún autor de Latinoamérica.

Pues bien, esa perspectiva de abordaje que se sitúa en este continente para aprender y explicarnos es la que se quiso consolidar con la creación del Celarg en 1974, y es la que debemos seguir cultivando. Es la puesta en práctica del reclamo de Andrés Bello, allá en 1848, cuando pedía en «Modo de estudiar la historia», que se trataba de «retratar la fisonomía propia». Pero,

como recordaba, tampoco «se quiere que cerremos los ojos a la luz que nos viene de Europa» (XXIII, p. 249): no se trata de sumisión cultural, sino de diálogo entre pares. No perdamos de vista que hasta hace relativamente poco tiempo esos centros de poder nos veían como apéndice cultural de España.

Para ello no debemos perder de vista que se trata de validar nuestra tradición, como señalo constantemente en estas páginas. Ver lo que expresaron nuestros predecesores sobre el tema que nos ocupa en similares inquietudes. Sólo de esa manera el pensamiento va conquistando espacios intelectivos y aportando conocimientos. Voy a tomar un ejemplo europeo para iluminar lo expuesto, porque las jóvenes promociones tienen referencias de la vida y producción de ese autor (europeo, por cierto). En *Historia del tiempo*, Stephen Hawking se apoya en quienes le precedieron en su campo de trabajo para los avances que aporta. Sabe que las condiciones teóricas que fundan toda área de conocimiento se consolidan a partir del diálogo con los avances que se fueron consolidando en el pasado (en la historia de la ciencia en Occidente, Hawking fija los hitos en Aristóteles, Galileo, Kepler, Newton, Ole Christensen Roemer, James Clerk Maxwell y así sucesivamente, hasta llegar a sus aportes sobre la teoría del *big bang*). O sea, mira el pasado y se plantea el reto de abrir cauces, iluminar determinados aspectos que habían quedado invisibles. Pues

bien, de manera similar debemos de proceder en nuestros respectivos campos de estudio.

Sólo en ese diálogo cuestionador se consolida la teoría y se esquivan las actitudes adánicas propias del intelectual que se acerca al campo de estudio con apetencias de descubridor y /o de fundador. En Venezuela (y, en general, en América Latina), esta conducta es habitual no sólo en el terreno de la literatura y de la cultura, sino que se expresa en la tendencia al inmediatismo en nuestra conducta pública. Fortalecer la tradición, convertirla en fuente recurrente del quehacer cotidiano es una manera de contribuir a crear una nueva conciencia social en la relación con el transcurrir temporal: es aprender a pensar a futuro, es habituarnos a diseñar proyectos a largo plazo, respirar con largo aliento.

He venido tratando indistintamente de Venezuela y de América Latina porque pienso que no se deben descuidar las heterogeneidades nacionales. Es cierto que se suele poner el énfasis en los productos culturales propios de los sectores hegemónicos pero, como señalé anteriormente, en esas indagaciones se irán mostrando los otros actores sociales y, poco a poco, se irán destacando, puestos a la luz. Un ejemplo de esto que observo se pone en evidencia cuando nos adentramos en los mecanismos ideológicos que instrumentó la dirigencia del movimiento emancipador a partir de 1813 o 1814, aproximadamente.

Se nos hace palmario que el grupo dirigente de 1810 estaba pensando (y actuando) en función de sus iguales en términos económicos, sociales, políticos y culturales. Entre muchos escenarios que dejan ver esto que señalo está el de la producción estética. Por ejemplo, algunos textos que se escribieron en ocasión de la muerte del capitán Lorenzo Buroz, hijo de una familia patricia de Caracas, en 1811, estaban formulados en latín. Este simple hecho deja ver quiénes eran sus destinatarios. Por contraste, en la medida que avanzaba la guerra, la intención de cooptar otros sectores sociales llevó a la dirigencia a congraciarse con ellos por la vía de las manifestaciones estéticas. Juan Germán Roscio opinaba lo siguiente sobre este tema que señalo:

Los republicanos franceses tenían una población de veinticinco millones y no obraban contra los franceses realistas con sólo la guillotina y el cañón: a la par de las armas marchaban los instrumentos de persuasión: un diluvio de proclamas, de gacetas, escritores y oradores ocupaban la vanguardia de los ejércitos, llenaba las ciudades, villas y aldeas; los teatros en todas partes, sin fusiles y bayonetas, declamaban contra la tiranía y en favor de la revolución y republicanismo, y sin efusión de sangre aumentaba el número de republicanos; la pintura y la escultura contribuían de un modo poco menos expresivo que los teatros a encender más la llama del patriotismo; las canciones, los himnos, etc., hijos de la Poesía, inflamaban sobremanera el

espíritu; y todo esto más que la guillotina de Robespierre, vino a fijar el sistema. Nosotros, pues, sin población debemos al lado de cincuenta mil fusiles colocar otros tantos medios de persuasión para economizar la sangre de los americanos (1953, Tomo III, pp. 169-170).

A partir de las muchas evidencias que les fue mostrando el suceder de los acontecimientos, comprobaron que no podían construir nación sin el concurso de todos. Para ello desplegaron un aparato ideológico que incluyó, sobre todo, el teatro, las canciones, las coplas, la música, el baile, entre otras. Lo que vino después lo sabemos. Ese canal de comunicación que mantuvieron abierto durante algunos años, lo cerraron al concluir la etapa bélica. Mientras se mantuvo la apertura hubo un acercamiento más fluido y legitimador de todas las partes que formaban tan heterogéneo conjunto.

Pero no todo es desesperanza en este sentido. A partir de los documentos que nos quedaron podemos reconstruir la índole de esas relaciones sociales, políticas y culturales. Se necesita un poco de tiempo y de paciencia, pero sí puedo asegurar que es posible tornar audibles todas las voces. Desde luego, una biblioteca latinoamericana como la que soñaba Arturo Ardao tendría que ser la piedra de toque para un proyecto como el que enunció, puesto en perspectiva continental.

En todo caso, queda de manifiesto que se necesitan objetivos claros. Esa claridad que vimos en 1974 es la misma que debe nutrir el trabajo de este Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos en las próximas décadas que se le anuncian.

## Bibliografía

- ACOSTA, Luis Beltrán y otros (1979). «Los estudios de literatura y la Escuela de Letras, UCV. Aportes para una discusión sobre los objetivos de nuestra Escuela» (folleto mimeografiado). Caracas: Universidad Central de Venezuela, Escuela de Letras.
- AGELVIS, Valmore y Héctor León (1989-1990). «Ángel Rama: sobre creación, crítica y estudios literarios» (entrevista). *Voz y Escritura*, Mérida, Universidad de Los Andes, III (2-3), pp. 141-146.
- ALCIBÍADES, Mirla (1995, agosto). «El planteamiento integrador en las publicaciones periódicas venezolanas del siglo XIX». *Tablero. Revista del Convenio Andrés Bello*, Bogotá, 19 (50), pp. 82-86.
- \_\_\_\_ (2001). «Una “tabla de valores”: Pedro Henríquez Ureña en *El proceso de la literatura* de José Carlos Mariátegui». En Javier Lasarte V. (coord.), *Territorios intelectuales. Pensamiento y cultura en América Latina*, pp. 305-319. Caracas: La Nave Va.
- \_\_\_\_ (2002). «Discurso» (acto de recepción del Premio Internacional de Ensayo Mariano Picón Salas). Manuscrito no publicado. Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos.
- \_\_\_\_ (2004). *La heroica aventura de construir una república. Familia-nación en el ochocientos venezolano (1830-1865)*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos.

- \_\_\_\_ (2009). «La propuesta crítico-literaria de José Carlos Mariátegui: de la crónica al ensayo». En Sandro Mariátegui Chiappe (ed.), *Simposio internacional 7 ensayos: 80 años*, pp. 375-391. Lima: Librería Editorial Minerva.
- \_\_\_\_ (2013). *Mujeres e Independencia: Venezuela 1810-1821*. Caracas: Centro Nacional de Historia, Casa Nacional de las Letras Andrés Bello.
- ARDAO, Arturo (1980). *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*. Colección Enrique Bernardo Núñez, N° 3. Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos.
- ARGUEDAS, José María (1975). «No soy un aculturado». En *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. (5ª ed.), pp. 281-283. Buenos Aires: Losada.
- BELLO, Andrés (1981). «Modo de estudiar la historia». En *Obras completas*, Tomo XXIII, pp. 243-252. Caracas: La Casa de Bello.
- BOLÍVAR, Simón (1972). *Carta de Jamaica*. En *Escritos del Libertador*, Tomo VIII, pp. 222-248. Caracas: Sociedad Bolivariana de Venezuela, Cuatricentenario de la Ciudad de Caracas.
- BUENO CHÁVEZ, Raúl (2004). *Antonio Cornejo Polar y los avatares de la cultura latinoamericana*. Lima: Fondo Editorial Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- \_\_\_\_ (2012). *Promesa y descontento de la modernidad. Estudios literarios y culturales en América Latina*. (2da ed.). La Habana: Casa de las Américas.
- CARPENTIER, Alejo (2005). *Los pasos perdidos*. Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos.
- CELARG (1976). *Síntesis informativa* (folleto). Caracas: Consejo Nacional de la Cultura, Autor.



- \_\_\_\_ (1995). *Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos. Trayectoria de un premio*. Colección Documentos, N° 1. Caracas: Autor.
- «Coloquio» (1975). *Araisa*. Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, pp. 219-275.
- DÍAZ SEIJAS, Pedro (1972). *Deslindes. Ensayos sobre literatura hispanoamericana y venezolana*. Caracas: Ernesto Armitano Editor.
- FARIÑA, Richard A. (s. f.). «Bone Surface Modifications, Reasonable Certainty, and Human Antiquity in the Americas: the Case of the Arroyo del Vizcaíno Site». *ResearchGate* [documento en línea]. Consultado en marzo, 2014 en: [www.researchgate.net/publication/271841197\\_Bone](http://www.researchgate.net/publication/271841197_Bone)
- GUIDON, Niède (2003, 10 de septiembre). «Arqueologia da região do Parque Nacional Serra da Capivara-Sudeste de Piauí». *Arqueologia* [revista en línea]. Consultado en marzo de 2014 en: [www.comciencia.br/reportagens/arqueologia/arq10.shtml](http://www.comciencia.br/reportagens/arqueologia/arq10.shtml)
- GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael (2001). *El intelectual y la historia*. Caracas: La Nave Va.
- HAWKING, Stephen W. (1991). *Historia del tiempo*. (3ª ed. venezolana). Caracas: Grijalbo.
- KRIES, Rafael (1976). «Acerca de la formación social incaica». En *Fragmentos*, N° 1 (mimeografiado), pp. 67-85. Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, Departamento de Investigaciones.
- LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco (1979). *Historia de la conquista de México*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- MAITÍN, Federico V. (1845). «Prólogo». En Abigaíl Lozano, *Tristezas del alma*, pp. 7-13. Caracas: Imprenta de Valentín Espinal.

- MARTIN, Gerald (2013). «Presentación». En Alejandro Bruzual, *Aires de tempestad. Narrativas contaminadas en Latinoamérica*, pp. 9-14. Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos.
- MILIANI, Domingo (1974, septiembre). «Hay que salvar nuestra conciencia hispano-americana». *Imagen*, Caracas (97-98), pp. 99-102.
- \_\_\_\_ (1975). «Palabras del doctor Domingo Miliani, director, en el acto de instalación del Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos"». *Latinoamérica. Anuario Estudios Latinoamericanos*, México, D.F., Universidad Nacional Autónoma de México (8), pp. 267-272.
- \_\_\_\_ (1977). «Conciencia vigilante de América Latina». *Latinoamérica. Anuario Estudios Latinoamericanos*, México, D.F., Universidad Nacional Autónoma de México (10), pp. 93-101.
- «Noticias» (1974). *Latinoamérica. Anuario Estudios Latinoamericanos*, México, D.F., Universidad Nacional Autónoma de México (7), pp. 295-299.
- NÚÑEZ, Ángel (2001). *El canto del quetzal. Reflexiones sobre la literatura latinoamericana*. Buenos Aires: Corregidor.
- OSORIO, Nelson (1995). «Presentación». En *Diccionario enciclopédico de las letras de América Latina*, Tomo I, pp. XI-XIII. Caracas: Biblioteca Ayacucho, Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- PÉREZ, Carlos Andrés (1974, septiembre). «El Presidente de Venezuela responde al Presidente de Estados Unidos» (encartado). *Imagen*, Caracas (97-98).
- PINEDA, Rafael (1974, 4 de agosto). «Seis horas de plática con el presidente Echeverría». *El Universal*, Caracas, Cuerpo 1, p. 19.

- PINO ITURRIETA, Elías (1977). «La nueva generación de historiadores de las ideas: una breve noticia». *Latinoamérica. Anuario Estudios Latinoamericanos*, México, D.F., Universidad Nacional Autónoma de México (10), pp. 73-77.
- RAMA, Ángel (1985). *Transculturación narrativa en América Latina*. (2ª ed). México, D.F.: Siglo XXI.
- RIVAS DUGARTE, Rafael Ángel (1976-1982). «Centros de Estudios Latinoamericanos en el mundo». *Araisa*, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, pp. 269-296.
- \_\_\_\_ (1993). «Domingo Miliani: semblanza, cronología y bibliografía». *Letras*, Caracas, Universidad Pedagógica Experimental Libertador (50), pp. 7-44.
- RODRÍGUEZ OZÁN, María Elena (2005, julio-agosto). «Leopoldo Zea y la fundación del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos». *Cuadernos Americanos*, México, D.F., Universidad Nacional Autónoma de México, XIX (112), pp. 195-200.
- ROSCIO, Juan Germán (1953). «Correspondencia» En Pedro Grases (comp.), *Obras*, Colección Historia, N° 7, 8 y 9, Tomo III. Caracas: Publicaciones de la Secretaría General de la Décima Conferencia Interamericana.
- SALAZAR MARTÍNEZ, Francisco (1968, enero-febrero-marzo). «Siete preguntas sobre la Editorial Monte Ávila» (entrevista a Benito Milla). *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, XXIX (183), pp. 91-94.
- S. A. (1974). «Noticias». *Latinoamérica. Anuario Estudios Latinoamericanos*, UNAM, México, D.F, (7), pp. 295-299.
- SÁNCHEZ, Freddy (1986a, marzo). «Diez años de talleres». *Criticarte*, Caracas (10), p. 15.

- \_\_\_\_ (1986b, marzo). «Un taller literario reafirma la individualidad del escritor». *Criticarte*, Caracas (10), p. 15.
- SHADY SOLÍS, Ruth (2012). «La civilización Caral» (conferencia magistral, Lima, Universidad Alas Peruanas). *YouTube* [página en línea]. Consultado en marzo 2014 en: <https://www.youtube.com/watch?v=kABwhaOFieO>
- TERÁN, Oscar (1986). *En busca de la ideología argentina*. Colección Armas de la Crítica. Buenos Aires: Catálogos Editora.
- VALLEJO, César (1979). «No vive ya nadie...». En César Vallejo, *Obra poética completa*, pp. 118-119. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- VARGAS LLOSA, Mario (1995). «La literatura es una forma de insurrección permanente». En *Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos. Trayectoria de un premio*. Colección Documentos, N° 1, pp. 21-25. Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos.
- VELÁSQUEZ, Lucila (1975). «Palabras de Lucila Velázquez [sic], presidente del Inciba, en el acto de instalación del Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos”». *Latinoamérica. Anuario Estudios Latinoamericanos*, México, D.F., Universidad Nacional Autónoma de México (8), pp. 266-267.
- ZEA, Leopoldo (1976). *Filosofía y cultura latinoamericanas*. Caracas: Consejo Nacional de la Cultura, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos.
- \_\_\_\_ (1986). *América Latina en sus ideas*. México, D:F.: Unesco, Siglo XXI.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS VENEZOLANAS CITADAS

- Actualidades* [boletín] (1974, octubre-diciembre), Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1 (1).
- Actualidades* [boletín] (1975, enero-diciembre), Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 2 (2).
- Actualidades* [revista] (1976), Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, I.
- Araisa* [anuario] (1975). Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos.
- El Nacional*, Caracas (1967, 2/4/8 de agosto)
- El Nacional*, Caracas (1972, 3 de agosto)
- El Nacional*, Caracas (1974, 3/26 de julio)
- El Nacional*, Caracas (1974, 2/3 de agosto)
- El Nacional*, Caracas (1974, 18/19 de septiembre)
- El Nacional*, Caracas (1977, 2/3 de agosto)
- El Nacional*, Caracas (1982, 5 de agosto)
- El Nacional*, Caracas (1987, 2/3 de agosto)
- El Universal*, Caracas (1974, 4/26/27 de julio)
- El Universal*, Caracas (1974, 18 de septiembre)
- El Universal*, Caracas (1974, 22 de septiembre)
- El Universal*, Caracas (1982, 3 de agosto)
- El Universal*, Caracas (1987, 2/3 de agosto)

*Revista Nacional de Cultura* (1966, enero-febrero), Caracas  
(173)

*Revista Nacional de Cultura* (1968, enero-febrero-marzo),  
Caracas, XXIX (183)

*Imagen* [revista], Caracas (97)

*Imagen* [revista], Caracas (98)

## Índice

Presentación.....	9
Una visita anunciad.....	13
LeopoldoZea.....	23
Algunas precisiones.....	37
Instalación del Celarg.....	47
Venezuela, Latinoamérica y el Caribe.....	57
El coloquio caraqueño.....	71
Talleres literarios.....	93
Las primeras entregas del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos.....	103
Una Biblioteca latinoamericana.....	119
Biblio-hemerografía.....	137

La génesis de la institución que hoy día conocemos por el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg) fue consecuencia de una afortunada e inusual conjunción de factores políticos, académicos, jurídicos y administrativos. La historia de la Fundación Celarg un poco antes y después de la firma de la resolución que le dio existencia institucional está sembrada de interesantes, reflexiones y sabrosas anécdotas en sus distintas facetas: los primeros contactos académicos, las gestiones para formalizar su instalación, las primeras disposiciones y propósitos de su organigrama interno, las personalidades de la intelectualidad venezolana y latinoamericana ligadas a su quehacer, la puesta en valor de la obra galleguiana en el contexto venezolano y latinoamericano, los coloquios inspirados en la integración cultural latinoamericana y los talleres literarios, sin olvidar el Premio Internacional de Novela homónimo. La historiadora Mirla Alcibíades, ligada al Celarg prácticamente desde sus comienzos por haber sido investigadora de la institución, se apoya en una red de datos biblio-hemerográficos y testimoniales acuciosamente reunidos para reconstruir sus orígenes –el cuándo, el cómo y el porqué– con sorprendentes revelaciones, así como refrendar su presencia tan vital e indispensable en el ámbito del pensamiento y la reflexión cultural en Latinoamérica.